

AVECILLA
POR
CLARÍN

CARROCERA
LABRADOR.
POR
LUIS
SANTULIANO



La novela
MUNDIAL

50
cts

13

CLARIN

1120
JOR
PQ
6503
A4
A94
1926
C.2

AVECILLA

NOVELA

ILUSTRACIONES DE VARELA DE SEIJAS



LA NOVELA MUNDIAL

AÑO I ● 10 DE JUNIO DE 1926 ● NÚM. 13

MADRID

University of Colorado at Boulder



U18303 7183017

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Derecho y la moralidad. Tesis doctoral.
Programa de Economía.
Alcald Galiano. Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en el curso 1885-86.

Solos de Clarín.

La literatura en 1881. (En colaboración con D. Armando Palacio Valdés.)

... Sermón perdido. Crítica y sátira.

La Regenta. Novela. (Barcelona, 1885. Madrid, 1900.)

Nueva campaña (1885-1886).

Pipá. Novelas cortas.

FOLLETOS LITERARIOS:

I.—*Un viaje a Madrid.*

II.—*Cánovas y su tiempo.*

III.—*Apolo en Pafos.*

IV.—*Mis plagios. Un discurso de Núñez de Arce.*

V.—*A 0,50 poeta.*

VI.—*Rafael Calvo y el Teatro Español.*

VII.—*Museum.*

VIII.—*Un discurso.*

Ensayos y revistas (1888-1892).

Su único hijo. Novela.

El Señor y lo demás son cuentos.

Mezclilla. Críticas.

Doña Beria.—Cuervo.—Superchería. Novelas cortas.

Palique. Críticas.

Cuentos morales.

Zurita. Novela.

Las dos cajas. Novela.

El gallo de Sócrates. Cuentos.

OBRAS COMPLETAS (en publicación):

Tomo I.—*Galdós.* Críticas.

Tomo II.—*Su único hijo.* Novela.

Tomo III.—*Doctor Sutilis.* Cuentos.

Teresa. Drama.

La Millonaria. Comedia.

CLARIN

Hasta las enciclopedias señalan como sobresaliente en Clarin su labor crítica. Sin embargo, en la historia de las letras españolas que se escriba dentro de veinte años, el rastro de sus millares de artículos críticos habrá desaparecido, y lo sobresaliente suyo será lo que debe ser: es decir, el novelista, el cuentista.

Depurada su personalidad en el reposo de unos años de silencio y de olvido, esfumado casi todo el interés de aquellos artículos ligeros, satíricos muchas veces, agresivos algunas, con que el esclavo uncido al yugo de la colaboración periodística atendía a un beneficio más inmediato para el sostenimiento de hogar y familia, lograrán el debido mayor relieve sus novelas y, sobre todo, sus cuentos, aquellos inolvidables cuentos de Clarin, donde la fábula es siempre veste, de traza real o fantástica, de una idea.

Leopoldo Alas nació en Zaragoza el 25 de abril de 1852, estando allí su padre, distinguido asturiano, ejerciendo el cargo de gobernador civil; y murió en Oviedo, el 13 de junio de 1901. En la Universidad ovelense estudió la carrera de Derecho, y a los diez y siete años se trasladó a Madrid para doctorarse, dándose a conocer en el periódico republicano *El Solfeo*, y luego en los más importantes periódicos y semanarios de Madrid y de Barcelona, popularizando muy pronto su pseudónimo Clarin.

A pesar de sus éxitos en la Prensa, nunca pensó en dejar su carrera, como tantos otros, y en 1881 hizo oposiciones a la cátedra de Economía política, de Salamanca, obteniendo el primer lugar de la terna, y en

julio del siguiente año se le nombró catedrático de la misma asignatura en la Universidad de Zaragoza, pasando en 1833 a Oviedo, donde explicó Derecho romano primero y Derecho natural más tarde. Con algunos compañeros de Claustro fundó en 1833 la Extensión Universitaria, y aunque en distintas ocasiones sintió deseos de trasladar su cátedra a la Central, nunca llegó a resolverse, a pesar de los tirones que eminentes personajes le daban desde la Corte.

Aunque parezca una paradoja, diremos que donde Clarín hizo su labor más seria no fué en la crítica, sino en su obra imaginativa, la novela y el cuento, y si alguna de sus novelas, como *La Regenta*, se resiente de algo, es de exceso de detalle en su composición, cual corresponde a un discípulo y traductor de Zola.

‘*LA NOVELA MUNDIAL*, consagrada a la novela corta, tenía forzosamente que dar el nombre de Clarín, el primero entre los grandes escritores españoles del siglo XIX, ya fallecidos, pues su ingenio soberano fué precisamente en la novela corta donde más sobresalió, brotando de su pluma verdaderas maravillas.

AVECILLA es una de estas admirables novelas cortas de Clarín, que puede citarse junto a *Doña Berta*, *Pipá*, *Zurita*, *Cuervo* y *Superchería*, sus hermanas y sus iguales. La nota humorista es en AVECILLA una muestra del acierto con que el maestro salpimentaba sus evocaciones de tipos, netamente españoles, y, al mismo tiempo, intensa y dolorosamente humanos, arrancados de la cantera de la realidad.

Era una tarde de las primeras frías de octubre. El concienzudo Avecilla terminaba la copia de una minuta conceptuosa escrita por el oficial de su mesa, y mientras limpiaba la pluma en la manga de percal inherente a su personalidad oficinesca, sonreía a la idea de un proyecto que desde aquella mañana tenía entre ceja y ceja. Almorzaba don Casto en la oficina y sin vino, por lo común, pero aquel día un compañero aragonés habíale dado a probar un Valdiñón que de Zaragoza le enviaran los suyos, y don Casto, que no solía probarlo, con una sola copa se había puesto muy contento, y hasta la tinta la veía de color rosa. Y por cierto que decía:

—¿Quién ha' traído esta tinta tan clara? Es bonita para cartas de lechuguinos, pero no es propia de la dignidad del Estado.

Porque es bueno advertir, de paso, que Avecilla, muchos años después de haber comenzado su vida burocrática, había averiguado que lo que él había llamado el Gobierno siempre, no era precisamente quien le pagaba ni a quien él servía; supo, *en suma*, que existía una entidad superior llamada Estado, y que el Estado, es decir, yo, usted, el vecino, todos los *ciudadanos*, *en suma*, eran los verdaderos

señores, pero no como particulares, sino *en cuanto entidad Estado*. Saber esto y engreirse el señor Avecilla fué todo uno. Desde entonces se creyó una ruedecilla de la gran máquina, y tomó la alegoría mecánica tan al pie de la letra, que casi se volvía loco pensando que si él caía enfermo, y se paraba, por consiguiente, en cuanto rueda administrativa, las ruedecillas que engranaban con él se pararían también, y de una en otra, llegaría la inacción a todas las ruedas, inclusive las más grandes e interesantes. Muchas veces, cuando salía el buen escribiente a paseo con su cara mitad y con su querida Pepita, hija única, de diez y siete años, iba pensando cosas así. Reparaba con pena el color de ala de mosca de la mantilla de su mujer; bien comprendía que el abrigo de Pepilla era raquíto, muy corto y atrasado de moda y desairado; y ¡qué lástima!, precisamente la chiquilla tenía un cuerpo hecho a torno. Pero por muy bien torneado que tuviera el cuerpo, cuando apretaba el frío no había más remedio que recurrir al abrigo desairado y tristón. Los pobres no siempre pueden lucir la hermosura. “Para ver a Pepilla hay que verla cosiendo en su guardilla—pensaba el padre—, cosiendo en su



guardilla, en verano, en enaguas, con un pañuelo de percal al cuello, la camisilla alga descotada, sudando gotitas muy menudillas por el finísimo cuello... y canta que cantarás... En invierno, la ropa mal hecha y no siempre hecha para ella, le roba a la vista algunos encantos..." Pero todas estas tristezas que iba pensando por el paseo el señor don Casto se le olvidaban como cosa baladí, cuando volvía a parar mientes en su propia personalidad administrativa.

—En cuanto a mí—decía—, soy un miembro intrínseco de la sociedad de que formo parte.

Y se detenía un momento, y dejaba que madre e hija siguieran un poco adelante, para contemplarse a su sabor en su calidad de miembro integrante (que era lo que él quería decir con lo de intrínseco) de la sociedad de que formaba parte. Llevaba siempre a paseo un gabán ruso, de color de pasa, del más empecatado género catalán que fué en el mundo protegido de aranceles. Ocho duros decía don Casto que había sido el precio de tan hermosa prenda, pero esto era una de las pocas mentirijillas que él creía necesario decir en *holocausto al decoro*. El gabán había

costado cinco duros y ya se había reenganchado varias veces, pues más de seis años atrás había cumplido el servicio y merecido la absoluta. Decía don Casto que no el Gobierno, sino los particulares eran los que debían proteger la industria nacional.

—¿Que cómo?—declamaba en su oficina, dando un puñetazo, no muy fuerte, al pupitre (en ausencia del oficial)—. ¿Que cómo? Es muy sencillo; usando, como yo uso siempre, géneros españoles—y señalaba con el dedo índice de la mano derecha a su gabán ruso colgado de humilde percha; y en esta actitud permanecía mucho tiempo—. No es el Estado, no, como entidad, el que debe cuidar las industrias; somos nosotros los que debemos consumir constantemente, y cueste lo que cueste, los productos nacionales. Así se hermana la libertad con la prosperidad nacional.

Es preciso confesar que Avecilla, aunque modesto por condición, sentía gran orgullo al contemplarse inventor de esta graciosa componenda del librecambio y el proteccionismo. Leía los periódicos, y al llegar el verano solía encontrar noticias como ésta: “Los duques de las Batuecas han salido para Biarritz.”

—¡Fuego en ellos!—gritaba don Casto; esta

nobleza, esta respetable nobleza, sí, muy respetable, por otra parte, no conoce sus intereses. ¡Así se protege la prosperidad nacional! Ir al extranjero..., dejar allí todo el dinero de la nación... No, en mis días, no iré yo a vestirme al extranjero. ¿Pues y las modas? ¿Y las señoritas que encargan sus trajes a París?

Aborrecía don Casto *Le Bon Marché* y *Le Printemps* con toda su alma, tanto, que una vez que le hablaron del Barbero de Beaumarchais:

—¡No me hablen de ese comerciante!—gritó tomando al poeta por el comercio parisien—se—. Mi hija no encarga, no, sus vestidos a esos establecimientos, que viste a la española, y como española..., lo mismo que su padre.

Decía antes que iba don Casto con su mujer y con su hija a paseo, y que las dejaba adelantarse un poco para considerar su personalidad jurídico-administrativa a sus anchas. Esas palabrejas compuestas, separadas por un guión, le encantaban; cuando empezó a saber de ellas, que no hacía mucho, las extrañó bastante, y creía que no era castellana esa concordancia de lírico-dramática, por ejemplo.

—Será lírica-dramática—sostenía don Casto. Pero cuando se convenció de que era lírico-dramática, y democrático-monárquica, encontró un encanto especial en esta clase de vocablos, y a cada momento los usaba, bien e mal emparejados.

Considerando, pues, su personalidad, o digase entidad, que lo mismo le daba a él, jurídico-administrativa, don Casto sentía lo que se llama pasmos y hasta llegaba al delirio. Tenía soberbia imaginación; cuantas metáforas y alegorías andan por los lugares comunes de la retórica periodística y parlamentaria, tomábalas al pie de la letra Aveci-lla y veía los respectivos objetos en la forma material del tropo; v. gr.: el equilibrio de los poderes se lo figuraba él en forma de romana; el rey o jefe del Estado, o sea poder moderador (nombre que daba a S. M.), era el que tenía el peso; y no por falta de respeto, ni menos por mofa, sino por inevitable asociación de ideas, se le representaba como poder moderador el carbonero de la calle de Capellanes, su amigo, todo negro de tiznes, pero imparcial y justo; el poder judicial era el fiel; el poder legislativo estaba colgado de los ganchos, y el ejecutivo era la pesa. Pensando en

la arena candente de la política, se le aparecía la plaza de toros en un día de corrida en agosto y desde el tendido de sol. En cuanto a él, don Casto AVECILLA, era, como dejó dicho, una rueda de la máquina administrativa, siquiera fuese una rueda del tamaño de un grano de mostaza. No por esto se afligía, pues sabía que no por ser tan pequeña era esta ruedecilla menos importante que las otras. Tan al ple de la letra tomaba esto de la rueda, que dos o tres veces que tuvo tercianas soñó que tenía dientes por todo el cuerpo, y delirando dijo a su mujer:

—Dejad todas esas medicinas; lo que yo necesito es aceite, que me unten, que me den la unción y veréis cómo corro.

Iban delante su mujer y su hija Pepita, y él quedábase atrás, como ya dije dos veces; poníase el sol en el ocaso, como suele; los celajes de grana, inmenso incendio en el horizonte, daban a la fantasía de don Casto inspiración para sus sueños administrativos; él llevaba en la cabeza una epopeya burocrática; sentíase crecer; dentro de él, por una especie de panteísmo oficinesco, veía la esencia de cuanto es el Estado, en sus ramos distintos, pero enlazados. "Que me mue-



ro yo ahora, de repente, pensaba, pues no sólo dejó en la miseria a esas dos pobres mujeres, sí que tan bien (este giro lo había aprendido en un periódico), sí que también, y esto es lo más interesante, por mí se detiene el general movimiento del bien concertado mecanismo del Estado; se para esta rueda y se debe quedar en el lecho; acto continuo se detiene la rueda inmediata superior: el oficial; al detenerse ésta, tropieza y también se detienen los demás oficiales y escribientes del negociado..."; y de una en otra llegaba a vez detenidas todas las Direcciones del ministerio, y detenido el ministerio de Fomento, parábase el de Gobernación *et sic de cæteris...* "¡Qué importancia la mía!, exclamaba, abrochándose el gabán para que una pulmonía no viniese a interrumpir el juego de las instituciones. ¡Qué importancia!" Y mirando al sol que se escondía, no se creía inferior por su destino al astro rey; pues si por él vivía la república ordenada de nuestro sistema planetario, en el orden sociológico era don Casto no menos indispensable que el luminoso rayo que se perdía... Todo es uno y lo mismo, había leído una vez, creo que en Campoamor, y desde entonces sin entender

éste, que a su buen sentido parecía un disparate, lo repetía en las grandes ocasiones, sobre todo cuando le faltaban argumentos.

Vengamos al día en que había bebido una copa de Valdiñón y estaba muy contento.

El oficial acababa de abandonar su puesto, quedaban allí varios auxiliares y los escribientes.

—Yo sostengo que el teatro no es la escuela de las costumbres—decía un joven auxiliar, que parecía oficial de peluquero, y tenía una instrucción y un escepticismo de peluquero también.

—Yo al teatro voy a reírme y nada más—exclamó un escribiente gordo y calvo que dormía más que escribía.

Don Casto levantó la cabeza, y mientras se desataba la manga de percal negro, dijo, porque creyó llegada la hora de decir algo:

—Caballeros, yo confieso que prefiero las comedias de magia que encierran un fin moral. Cuando veo a la virtud triunfante en lo que llaman los inteligentes la apoteosis, rodeada de ángeles y alumbrada por luces de bengala, comprendo que el teatro, bien entendido, es un elemento de educación y entra de lleno en la esfera que llamaré artístico-adminis-

trativa, merced a los recursos de la literatura lírico-dramático-escenográfica.

Calló don Casto, convencido de que no en balde había dicho tanta palabra compuesta. No replicaron los circunstantes, que veían en Avecilla el oráculo del negociado, y él, con paso majestuoso, con modestia que sienta bien a la sabiduría, se fué derecho a su gabán, que estaba en la percha de siempre, y bien envuelto en aquella querida prenda, salió de la oficina diciendo:

—Buenas tardes, caballeros.

Se le había ocurrido una idea: que aquella noche debía llevar a su mujer e hija al teatro. A pesar de lo mucho y bien que discurría don Casto en materias lírico-dramáticas, como él decía, era lo cierto que en once años había visto dos veces el teatro Español por dentro. No había visto más que *La vida es sueño* y *La redoma encantada*. "¡Cómo se va a alegrar Pepita!", iba pensando camino de su casa. Este era el proyecto que le tenía preocupado hacía algunas horas. ¡Ir al teatro toda la familia! Idea tentadora, pero que iba a costar muy cara... En cambio, ¡qué alegría la de Pepita, tan sensible, tan aficionada a la comedia! ¡Oh, el alegrón que con esta no-

ticia dió don Casto Avecilla a los suyos, artículo aparte merece, así como las vicisitudes de aquella noche consagrada al arte! Estos despilfarros de los pobres, que llevan la economía hasta el hambre, tienen un fondo de ternura que hace llorar. Cosiendo está en casa doña Petra, la digna esposa de don Casto, bien ajena de que el demonio tentador va a entrar diciendo, con heroico arranque de valor: "¡Ea! Vamos a echar una cana al aire. ¡Pepa, esta noche, al teatro!"

"¡Una cana al aire!", gritará Pepita, que tiene el pelo negro como la endrina. Las canas de los pobres son los ochavos. Dejemos a don Casto colgado del cordón de la campanilla, jadeante, anhelando comunicar a sus queridas *esposa e hija* su resolución temeraria.

—¡Tilín, tilín, tilín!...

—Es él—dice Pepita, levantándose.

—El—repite la madre, y ninguna sospecha nada—. ¡Abramos!

II

¡El era! Radiante como debió de estar César después de pasar el Rubicón; desafiando al mundo entero con una mirada de... no se puede decir de águila, porque si a la de algún volátil tiene que parecerse la mirada de don Casto, será a la de la codorniz sencilla. Don Casto iba decidido a vencer, a no dejarse dominar por la excesiva parsimonia económica de doña Petra, su dulce, pero demasiado cominera esposa.

Avecilla expuso su atrevido proyecto en pocas palabras, sin andarse con circunloquios. Pepita abrió unos ojos como puños; su madre, una boca como quinientos ojos de Pepita.

Don Casto repetía lo de la cana al aire y se adelantaba a todas las objeciones.

—¡Se me dirá que el teatro no educa! Pues



yo digo que sí. Educa relativamente—y se detuvo un momento, procurando acordarse de un latín que él había oído usar en casos análogos—. *Secundum quid* era lo que quería decir.

—Casto, mejor sería que guardáramos esos cuartos para reunir el traje de franela que te ha recomendado el médico; mira que el invierno se echa encima...

Don Casto tembló del frío que le dió acordarse del reuma y del invierno.

—No niego yo la importancia del abrigo—replicó—, pero el espíritu también necesita su refrigerio; tú no sabes, Petra, y eso explica tu incalificable tenacidad, que así como hay ciencias que se llaman fisico-matemáticas, otras existen con el nombre de político-morales.

—¿Y qué tenemos con eso, Avecilla?

—Tenemos que Pepita se compone, como todo ser racional y libre, de alma y cuerpo, y se pasa el santo día y gran parte de la noche igualmente santa, consagrada a las tareas propias de su sexo, que más embrutecen que elevan el espíritu; y es necesario que, de vez en cuando, dé reposo al cuerpo y trabajo al

alma, con la contemplación de lo bello, lo bueno y lo verdadero.

Doña Petra estaba muy acostumbrada a no entender palabra de cuanto decía su querido esposo; pero, lejos de burlarse de estos discursos, creía firmemente que a ellos debía don Casto la conservación de su destino a través de todos los Ministerios y formas de gobierno. Aquella garrulería incomprensible representaba, a los ojos y a los oídos de doña Petra, el pan de cada día; creía con fe ciega que tales sentencias y palabrotas eran la ordinaria tarea de su marido en la oficina de pastos. Preciso es confesar que don Casto en ninguna parte como en su casa abusaba de las palabras compuestas, del tecnicismo que no entendía y de las citas inoportunas; recreábale la música de sus párrafos y—¡aquí que no peco!—pensaba, disparatando en el hogar doméstico más graciosamente que en la plaza pública y *sin trabas ni cortapisas*.

Pepita, que saltaba en su silla de costura, deseando apoyar la resolución de su padre, se contuvo ante el argumento de la franela. ¡El pobre viejo necesitaba tanto aquel abrigo! En cambio, su madre comenzó a rendirse ante la consideración de que Pepita tenía alma

y cuerpo y todo lo demás que había dicho el sabio. La madre miró a la hija, con los ojos llenos de lágrimas. ¡Si sabría ella cuál era la pasión de Pepa! No en balde tenía la niña un padre *tan fantástico*. Lo que a él se le iba en imaginar máquinas administrativas, fábricas de gobernar al vapor, la niña empleábase en crear poéticas figuras y sucesos de inverosímil grandeza. Poco había leído, porque le faltaba tiempo; pero de restos de personajes y de intrigas que en malos libros recogiera, iba formando poemas de su invención, purificándolo todo en su rica y sana fantasía, que inspiraba un corazón tierno y ardiente en el amor de lo que llamaría don Casto lo bueno, lo bello y lo verdadero.

Doña Petra no tenía fantasía.

—Los de mi tierra (una de las Cinco Villas) no son *imaginativos* —decía ella; pero respetaba el sagrado fuego que ardía en los dos seres que más amaba. Nunca había engañado a su marido; mas tenía un secreto deseo que por nada de este mundo le hubiera revelado: volver a ver las figuras de cera. Todos los teatros de la tierra daba ella por el placer de contemplar aquellos hombres que parecían de carne y hueso y eran de la ma-

teria misma con que ella suavizaba el hilo, En el teatro los hombres eran hombres efectivamente. ¡Vaya una gracia! El caso era parecerlo y no serlo. El encanto del engaño, de la imitación de lo humano, era el único placer estético que comprendía doña Josefa. Aunque ella oculte el deseo de que hablo, porque sabe que a su marido le parece indigno de la esposa de un Avecilla, bien recuerda don Casto el placer intenso que experimentó Petra en Zaragoza durante las ferias de la Pilarica, contemplando la exposición de figuras de movimiento de Mr. Brunetière.

—Ya se sabe—exclamó el esposo—: para ti no hay comedia, drama ni tragedia que valga lo que uno de esos cuadros de la cerámica—así llamaba don Casto al arte que encantaba a su esposa—. Comprendo que guste la escultura..., pero ¡la cerámica!

—¿Pues qué mejor escultura que las figuras de cera?—se atrevió a replicar la buena señora.

—¡Profanación!

—Las estatuas, vamos a ver, ¿no quieren imitar a las personas? Pues las personas no andan en cueros vivos, por poca vergüenza que tengan, ni con esas ropas menores ceñi-

das al cuerpo. Si alguna estatua me gusta es la de Mendizábal.

—¡Ilustre patricio y estatua detestable!—exclamó el marido.

—Pues ésa, a lo menos, tiene capa, como se usan, y no un camisón de once varas. Pero mejor están las figuras de cera, que traen ropa como las personas; vamos, de tela y de paño y a la moda del día. Pues ¿y la color? ¿Y los ojos? Y ¿qué me dices de aquéllas que alientan y se quejan como cristianos? ¿No te acuerdas de la madre de Cabrera en la prisión? ¡Qué lágrimas vertía la pobrecita! ¿Y aquel oficial moribundo? ¡Qué estertor aquél! Así se mueren las personas de verdad; dímelo tú á mí... Pues ¿y el zar cayendo más muerto que vivo de su coche? ¿Y aquel señor chiquitín que se llamaba el señor Trés o Tries?...

—Thiers, Josefa; el gran repúblico.

—Pues ése. ¿Y el Papa Pío IX dándole la mano al que hay ahora, y los dos, risueños como ángeles?

—Basta, basta... Recuerdo, si, recuerdo todas aquellas ignominias del arte.—Y volviéndose a la hija, continúa:—Figúrate, hija mía: anacronismo sobre anacronismo (Pepita no sabía lo que era esto); un *tutunvulutum* (te-

tum revolutum), un *vademécum* (pandemonium), una caja de *Pandorga* (Pandora), en suma... Allí vi, ¡horror!, a Don Alfonso XII, al Poder moderador, vestido de capitán general, con su difunta esposa Mercedes del brazo derecho y la reina Cristina del izquierdo, ambas en traje de boda. ¡Bigamia espantosa, cuyo ejemplo hubiera bastado para desmoralizar toda la Administración!... Después, Rita Luna codeándose con Julio Favre; el Empecinado, mano a mano con la emperatriz Eugenia; Mariana Pineda, a partir un piñón con el obispo Caixal... Y, por último, Calderón de la Barca, con un libro encarnado entre las manos; un libro, hija mía, titulado, bien lo recuerdo, *Voyage sur les glaces* (como suena)... En fin, Petra; tú estás dispensada de tener ideas estéticas. Vamos al teatro.

Vencidos los últimos escrúpulos, más económicos que estéticos, de la digna esposa, aquella honrada familia procedió a los preparativos de la extraordinaria fiesta. Era preciso cenar antes de salir; después, hacer el tocado, como con gran afectación decía don Casto, cuyo proteccionismo se extendía al idioma.

—¡Yo no uso galicismos!—gritaba, ardiendo en la pura llama del patriotismo gramatical.

Y era verdad que no los usaba a sabiendas, que es el único modo de usarlos que consiente la gramática de la Academia.

Lo más interesante que sucedió aquella noche en casa de Avecilla fué el *tocado* de Pepita. Lector: si eres observador y además tienes un poco de corazón, alguna vez te habrá enternecido espectáculo semejante.

¿Cómo se compone y emperejila, si don Casto permite la palabra, la hija de un pobre en la ocasión solemne y extraordinaria de ir al teatro? Veamos esto.

El tocador de Pepita era muy sencillo, tal vez demasiado: un espejo de marco negro, colgado de un clavo en la pared. Su luna recordaba un día de borrasca en el mar por lo profundas que eran las ondulaciones aparentes de la superficie. Pepita se veía allí en zigzags; pero, acostumbrada ya a ello, mediante una rectificación que su fantasía acertaba a imaginar en un instante, "la niña se servía de aquel mueble cual si fuese hermosa luna de Venecia. Debajo del espejo había un costurero antiguo con un agujero grande en el

medio, obra de la industria casera; en aquel agujero se colocaba la palangana de barro pintado. Sobre el costurero había un acerico de terciopelo carmesí muy raído, unas flores de trapo procedentes de algún ramillete de confitería, varios frascos vacíos y algunos peines muy limpios.

Pepita acaba de peinarse; como ya es de noche, ha encendido una vela de sebo y ensaya distancias entre la luz y el espejo, la cabeza y la luz, para poder contemplarse. Está satisfecha. La verdad es que en el espejo parece un monstruo; se ven unos ojos muy estirados de arriba abajo, una frente deprimida y un moño que parece un monte; pero Pepita no ve eso; ve la Pepita que lleva en la cabeza, la que ha visto en los espejos de las tiendas; y ésa es bonita y de facciones correctas. Valga esta vez la verdad: no es tan bonita como ella se lo figura, no por vanidad, sino por optimismo, que nace del alegrón que le ha dado su padre. ¡Ir al teatro! ¡Para Pepita el teatro es una cosa tan distinta de lo demás del mundo! ¡Cuánto más hermoso! Pocas veces lo ha visto; pero ni el pormenor menos digno de recuerdo se le ha escapado de la memoria. ¡Si este pícaro mundo fuese como el teatro o

parecido siquiera! Allí los amantes son apasionados, tiernos, caballeros y leales; ella no ha tenido más que un novio; pero hubo de darle calabazas porque el papá decía que era un holgazán que nunca podría sustentar una familia. ¡Oh, vergüenza! ¡Un novio a quien es preciso dejar porque no tiene pan que dar a su mujer! En el teatro también los novios son pobres a veces; pero en tales casos, la novia respectiva resulta princesa, y ella lo paga todo; y otras veces es el novio el que sale siendo hijo de un banquero riquísimo, algo tacaño y severo, pero que, al fin, se ablanda, y todós quedan contentos. Y en último caso, si el trancé no tiene arreglo—Pepita prefiere que lo tenga—, el amante se desespera y se muere o se mata; y aunque esto es una atrocidad, un pecado muy grande, ello prueba mucho amor. Pues ¿y las comidas del teatro? ¡Qué lujosa mesa! ¡Cuántas damas y señores! ¡Qué de criados con libreal! ¡Qué ramos de flores sobre la mesa! Y ¡cuántos vinos exquisitos! Pepita nunca ha comido mejor que en su casa. ¡Oh! El teatro es una ventana por donde se ven desde la triste vida las alegrías del cielo. Pues ¿dónde dejamos aquel hablar en versos tan bonitos, sin que falte nunca la

copla? (el consonante). Y ¡qué bien recitan todos, hasta los graciosos más zafios!... Pepita se vuelve loca de alegría sólo con pensar en lo que se va a divertir.

Una vez decidido que se va al teatro, cueste lo que cueste (y costará poco), Pepita ya no se contiene: canta, habla de prisa, casi llora de entusiasmo, dice mil tonterías... ¡Está la pobre tan nerviosilla! Desde la alcoba donde se está mudando las enaguas y toda la ropa interior habla con su padre, que se pasea muy satisfecho por la salita única de la casa. En la otra alcoba, la del matrimonio, la señora de AVECILLA se está mudando el traje también, y al mismo tiempo reza las oraciones de su devoción, segura de que al volver del teatro el sueño no le dejará concluir ni un *padre nuestro*.

—Papá—grita la joven—: ¿a qué teatro vamos?

—Eso, lo pensaremos, hija mía; es necesario saber distinguir de arte y arte; y, como yo decía hoy en la oficina a aquellos señores, el teatro puede moralizar, sí, señor; puede moralizar y puede desmoralizar; de modo que lo pensaremos.

—Papá: ¿llevarás la corbata que no has estrenado, por supuesto?

—Sí, hija mía; por más que te confieso que todavía no he comprendido bien el mecanismo de la tal corbatita. Cuando la compraste en la esquina del Principal, ¿no te dijeron cómo se ponía?

—Sí, papá; verás: yo misma te la pondré.

Y Pepita sale con la corbata de su padre entre manos.

Don Casto contempla a su hija con cierta melancolía. “Mi hija, piensa, está más bonita cuando no viste sus galas. Ese abrigo, ese maldito abrigo, me la desfigura.”

Y es verdad. Pepita no viste bien la ropa mala. Es posible que si entregaran su cuerpo bonito a una buena modista hiciera con él maravillas; pero la muchacha, que se pone tan pocas veces el vestido bueno (el más viejo, porque no se usa nunca), semeja una lugareña mal pergeñada con los trapos de cristianar. Hasta el peinado parece mal: afectado, estirado, *relamido*. La poca práctica no la permite ser hábil en su tocado, y tarda en peinarse y se soba demasiado; está muy colorada y tiene un poco untada la frente de no sé qué; pero ello es que tiene reflejos nada

agradables; no es aquélla la Pepita de todos los días; y bien lo conoce su padre; pero se guarda de comunicar su pensamiento.

La niña se cree más guapa que nunca, o acaso no piensa en tal cosa; piensa en el teatro. La corbata de *plastrón* ya está puesta. Don Casto se ha quitado el ruso, la americana y el chaleco, y con el cuello estirado, mordiendo con el labio superior el inferior, como si pretendiese estirar la piel y evitar un pellizco del resorte de la corbata, que francamente, le ahoga, permite que Pepita medio le sofoque con el pretexto fútil de engalanarle. Don Casto no se ha dado cuenta del procedimiento; para él es un misterio cómo se ponen esas corbatas, que éntran y salen tantas veces en unos ganchos que tienen no sabe él dónde.

—Pues, sí, hija mía: el teatro moraliza, pero es necesario saber elegir. El *can-can* perdió a París, perdió a Francia; en cambio, ¿sabes quién ganó a Sedán?

—Los alemanes—dice Pepita,

—¡De ninguna manera!

—¿Pues quién?

—¡El maestro de escuela!—dice la mamá, saliendo de la alcoba.

—¿Cómo sabes tú eso?—pregunta Avecilla asombrado.

—¡Toma, porque te lo he oído decir cien veces!

—Los franceses se lo tienen merecido. Ellos han corrompido la Europa latina... Por ejemplo: estas corbatas, ¿quién las ha inventado sino ellos?

Don Casto está irritado; aquella prenda de *importación francesa* le da tormento.

Al fin salen de casa.

—¿Adónde vamos?—pregunta la mamá.

—¿Quieres que vayamos al Español?

—¿Qué representan allí?

—*El pelo de la dehesa...* Comedia culta; yo la he leído... Y ahora que recuerdo, tú, niña (habla con su mujer), haz memoria: ¿no te acuerdas de que la vimos en Zaragoza?

—¡Ah!, sí. Es aquella comedia tan larga y tan pesada, donde todo el tiempo se están los cómicos en una habitación, y pasa un acto, y nada, la misma habitación... ¡Reniego de ella!

—Sí; verdad es que renegaste y me hiciste abandonar el teatro antes del cuarto acto.

—Pues claro; cuando una es pobre y se divierte pocas veces quiere divertirse de veras,

Mira tú que para ver no más que una sala y un señor de pueblo, una especie de baturro... Y precisamente en Zaragoza... Ya ves: eso es muy aburrido.

—Pues bien: da tu voto, mujer.

—Yo opino que vayamos a la Zarzuela.

—¡Ay! ¡Sí, sí, a la Zarzuela, papá!—exclama Pepita.

Don Casto se detiene. Siente decirselo a su señora e hija; siente contrariarlas, pero... lo dice, al fin, con tono solemne y misterioso:

—¡La zarzuela es un género híbrido!

Pepita no insiste. Su papá es para ella una autoridad; no sabe lo que significa híbrido, pero no debe ser cosa buena.

La digna esposa de Avecilla exclama:

—Entonces no digo nada; lo primero es que a la chica no la abran los ojos con picardías...

Sin embargo, en su fuero interno, la austera dama protesta, porque ella ha visto muchas zarzuelas que no eran *híbridas*, sino muy inocentes y morales... Poco después piensa: "Eso de híbrido acaso signifique otra cosa."

—¿Quieres que vayamos a la ópera, papá? Allí hay muy bonitas decoraciones, y eso le gustará a mamá.

—Te diré, Pepita: la ópera no es híbrida, pero... ya sabes cuál es mi sistema económico: soy librecambista como gobierno, en mi entidad Estado, pues ya sabes que todos formamos parte intrínseca del Estado; pero en cuanto particular, creo deber más consumir productos nacionales; el arte es producto; luego yo debo proteger el arte nacional, y en la ópera cantan en italiano.

—Y lo peor es que no se entiende—observó la digna esposa.

—Y además, ahora recuerdo que está cerrado el Real—concluyó Pepita.

—¿Que les parece a ustedes de irnos a los caballitos, a Price?—propuso la madre.

—Eso no es arte; es decir, no es arte bella,

—A mí no me gustan los títeres; yo quiero teatro.

—Pero el teatro..., el teatro... ¡Si no hay ninguno que os agrade!

—A mí, todos, madre,

—Pero tu padre no acaba de decidirse.

Estaban en la Puerta del Sol; el reloj del Principal señalaba las nueve en punto.

—¿En qué quedamos, papá?

El entusiasmo artístico de don Casto se había enfriado un poco. Al valor de gastarse

doce o veinte reales, protegiendo el arte nacional, había sucedido en su espíritu una serie de reflexiones relativas a las ventajas del ahorro en las clases pobres.

Mientras su hija decía que era tarde y que ya no se llegaría a ningún teatro serio a buena hora, AVECILLA recordaba lo que había oído y leído de las excelencias del interés compuesto de las cajas de ahorro, de lo que llega a ser el *óbolo* del pobre en una de estas instituciones benéficas que hay en el extranjero.

—Después de todo, hija mía, el arte está perdido.

La señora de AVECILLA notó la reacción que experimentaba su amante esposo, y quiso aprovecharla en bien de la economía doméstica, asegurando que, en efecto, estaba perdido el arte, y añadiendo:

—¿Vamos un rato hacia la feria?

—¿A qué feria, mamá, a estas horas?

Era el año en que el Ayuntamiento de Madrid procuró atraer a la capital toda la riqueza de España, haciendo en el Prado una feria digna de Pozuelo de Alarcón.

Más arriba del Prado, entre el Dos de Mayo y el Retiro, habían sentado sus reales una multitud de artistas errantes, de esos que van

dera, gritaba el hombre de las serpientes, y hasta se oyó con indiferencia el pregón de la ternera con dos cabezas. Algo llamó la atención de la señora de Avecilla una voz que exclamaba:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡A la mona que da de mamar a un gato vivo!...

Pero la mirada imperiosa de don Casto, que iba un poco avergonzado, hizo que el desco de su señora muriese al nacer.

Siguieron adelante. Por fin, entre rojas teas, que arrojaban al espacio ondulantes columnas de humo pestífero, la señora de Avecilla vió en un gran lienzo pintado una arrogante figura de mujer con barbas, la cual, castamente, cultivando el arte por el arte, enseñaba al ilustrado público una arrogante pantorrilla, ceñida de una liga, en que pudo leer don Casto difícilmente: *Honni soit qui mal y pense*. Había leído en voz alta, y el público indocto que rodeaba la barraca (soldados y paletos, mozuelas y pillastres) se acercaron para oír la traducción que iba a hacer de la misteriosa inscripción aquel señor tan estimado.

—¿Qué significa eso, Casto?—le preguntó

su esposa muy bucca, facilitándole la ocasión de lucirse en público.

La buena señora creía que su esposo sabía, por adivinación, todas las lenguas, incluso el griego, idioma a que, sin duda, pertenecía aquel letrado. Don Casto se puso muy colorado y metió tres dedos entre la corbata, que le ahogaba, y la nuez.

—Eso—dijo por fin—es... una divisa que... que... que habréis visto en los forros de los sombreros... No tiene traducción literal..., pero está en inglés... De eso estoy seguro.

El redoble de un tambor cubrió su voz, como la de Luis XVI en el cadalso.

Desde una doble escalera de mano, de pie en el más alto peldaño, un charlatán, cubierto de larguísima camisa que llegaba al suelo, comenzó a predicar la buena nueva de *Made-moiselle Ida*, la señorita gigante de *Maryland*, en los Estados Unidos de *l'Amérique*.

El hombre de la escalera, después de contar la historia de nuestra mujer gorda, se atribuyó su personalidad, y para acreditarla decía:

—¡Señores, aquí tienen la gran camisa y las fenomenales medias!

Y por medias enseñaba dos grandes sacos, por donde metía la cabeza.

Después le echaron desde abajo una almohada de regular tamaño, y con ella quiso imitar las turgencias más apreciables y escultóricas de la mujer gorda.

—¡Oiga usted, caballero!—gritó, al llegar aquí, don Casto Avecilla, colorado como una amapola, tanto por el rubor cuanto por el apretón que le daba la corbata, que le estaba degollando—. ¡Oiga usted, caballero! Delante de mi hija no se hacen esas indecencias; y esto es engañar al público, que tiene derecho a que se le indemnice...

En aquel momento se acordó de que nada le había costado el espectáculo, que era al aire libre y sin entrada, en medio de la feria.

—*Pardon, monsieur, mais nous sommes ici chez nous, s'il vous plait*—dijo el de la camisa, en francés, con acento catalán.

—Si no le gusta la función puede usted marcharse—dijo un soldado cuyas castas orejas no lastimaban aquellas alegorías pornográficas.

Avecilla replicó:

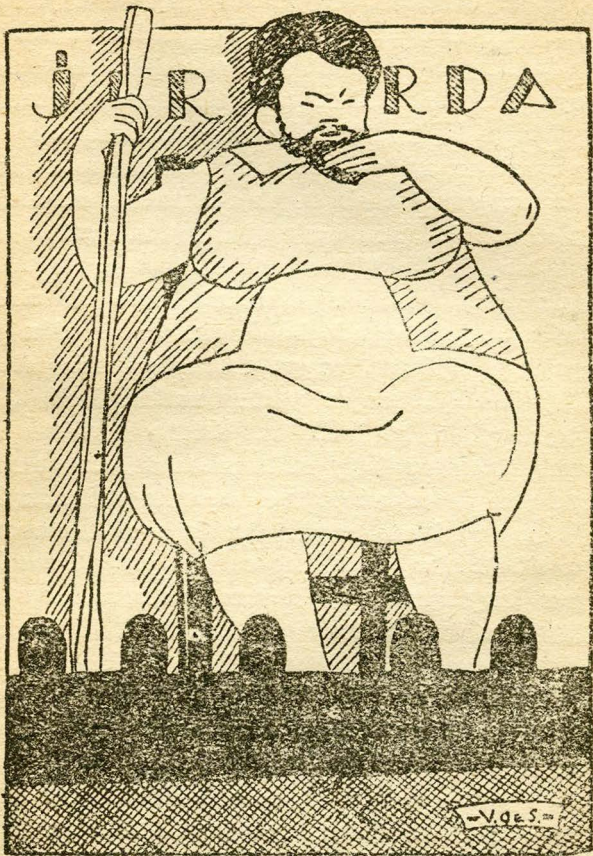
—Y sí, señor, que me marcharé; y si la autoridad fuese en todo como en lo que yo me

zé, si el Estado tuviese sus representantes en todas partes, esto no pasaría, no, señor; esto es desmoralizar al pueblo, al pobre pueblo, que no puede permitirse el lujo...

—¡Fuera, fuera! ¡Que baile don Quijote!— gritó la chusma por cuya moralidad volvía angustiado Avecilla.

Pepita había vuelto la cara con asco y sin remilgos; en el rostro de doña Petra había una sonrisa triste y amarga, pues en el fondo se reconocía culpable. Por *codicia*, esa codicia del pobre que se parece tanto a una virtud, no había querido ir a un teatro de los caros, y así había llegado, en su afán de economía, hasta a contentarse con el espectáculo gratuito... ¡Y el espectáculo gratuito era un hombre en camisa de once varas, imitando lúbricos movimientos y formas abultadas de mujer gorda y desnuda!...

Ausentóse de aquel sitio la honrada familia, y a los pocos pasos vió don Casto en otro barracón un letrero que decía: "*La verdadera mujer gorda; no confundirla con la de enfrente.* Entrada, quince céntimos personas mayores. Niños y militares, perro chico." Don Casto consultó a su dignísima esposa con la mirada. Ello había que cumplir a Pe-



pita lo ofrecido, un recreo para el espíritu, para la imaginación de la muchacha sobre todo..., y aquel que se ofrecía delante de los ojos era barato... *La verdadera mujer gorda.*

Valga la verdad, el mismo matrimonio tenía ardientes deseos de ver un fenómeno. Entraron, pues, no sin dejar a la puerta cuarenta y cinco céntimos. La mujer gorda, vestida de pastora de los Alpes, estaba sobre el tablado, que tanto tenía de escenario como de nacimiento; en el fondo había una decoración de paisaje alpestre, cuyas montañas más altas llegaban a la mujer gorda (mademoiselle Goguenard) a las rodillas. Estaba sentada en una silla de paja, y en la mano derecha tenía, en vez de cayado, una enorme tranca; la mano izquierda acariciaba en aquel momento una barba de macho cabrío que descendía por las turgencias hirsutas que revelaban de manera indudable la autenticidad del sexo.

Las candlejas de pestífero aceite estaban a media luz; el público llegaba poco a poco, y en pie todos, en semicírculo, se colocaban cerca del escenario con religioso silencio. Predominaba aquí también el elemento militar, y no faltaban cinco o seis muchachuelas de la hez del pueblo, andrajosas, que procuraban

vestir sus harapos con la rigidez manolesca, y que reían y cuchicheaban y se decían al oído mil picardías que les inspiraba la presencia del monstruo.

Mademoiselle Goguenard hablaba en francés con una mujer de la barraca inmediata que iba a visitarla de vez en cuando. Decía, pero no lo entendía el público, ni el mismo don Casto, que el oficio era horroroso y que ya estaba cansada de aquella estupidez. Las miradas que repartía por la asamblea eran de desprecio y cólera.

—*C'est bête! C'est bête!*—repetía la mujer gorda, y gruñía moviendo la feísima cabeza.

En tanto don Casto, en voz baja, daba explicaciones a su familia, que le escuchaba, olvidada ya la vergüenza de la barraca de las falsificaciones, con ojos llenos de curiosidad, una curiosidad puramente científica. Doña Petra presentaba a su marido las más difíciles cuestiones fisiológicas y etnográficas, segura de que Avecilla lo sabía todo. Era su creencia fija: su esposo estaba al cabo de la calle de cuanto se puede saber en este mundo, y la tenía indignada que todo esto no bastara para lograr un mal ascenso en Pastos.

—Pues bien—decía don Casto—; los gigantes van desapareciendo poco a poco; pero hubo un tiempo en que ellos dominaban y tenían al mundo entero en un puño. La Historia registra varios gigantes célebres: por ejemplo, Goliat, Gargantúa...

—Y el gigante chino—se atrevió a decir Pepita, interrogando con la mirada.

—Y el gigante chino—repitió su padre, que no recordaba más gigantes registrados por la Historia.

—Pero ésta no es gigante—objetó doña Petra, cuyo buen sentido, sin querer ella, presentaba argumentos invencibles a la sabiduría de su esposo.

—Distingo, señora mía, distingo—dijo don Casto—. No es gigante en sentido longitudinal; pero has de saber, esposa mía, de aquí en adelante, que hay tres dimensiones: longitud o largo, latitud o ancho y profundidad o grueso...; pero grueso vale tanto como gordo; luego esa señora es gigante en sentido lato, o mejor diré, en cuanto a la gordura o profundidad.

Esta vez triunfó el amo de la casa por completo.

—¡Y pensar que a este hombre no le llega

el sueldo al último día del mes!—se dijo a sí misma doña Petra suspirando.

Un redoble de tambor que resonó fuera anunció al público que empezaba la exposición.

—Cuarenta y ocho veces me *he enseñado* al ilustrado público—dijo la mujer gorda a su amiga. Y después de dar al aire un suspiro, acercó la silla a las candilejas y comenzó su relato en un mal español y con voz ronca y gesto displicente.

La familia de Avecilla se había colocado en primera fila, y como don Casto era a todas luces la persona de más representación y más estatura de las del teatro, a él se dirigían las miradas y las palabras de la Goguenard. Doña Petra sintió un asomo de celos. Atribuyó aquella predilección al aire de salud de su marido.

La relación de la mujer gorda era muy sencilla. No había en ella, como en la del farfante de marras, asomo de lubricidad; se trataba la cuestión de sus buenas carnes, desde un punto de vista puramente antropológico. Don Casto así lo comprendió, prestándose gustoso a ser el Santo Tomás de la reunión, es decir, el testimonio vivo del concurso, mediante el sentido del tacto.

La Goguenard decía: "Señores, esta pantorrilla—y levantando la falda de color de rosa y las enaguas mostró una mole cilíndrica de carne que se transparentaba bajo media de seda calada—, esta pantorrilla ha llamado la atención de las dos Américas, de las Colonias inglesas, de la India y de toda la Europa; es de carne verdadera, aquí no hay nada falso; puede palpar el señor y se convencerá de ello..."

Don Casto, como dejó dicho, no tuvo inconveniente en palpar, previa una mirada de consulta a su esposa, que aprobó orgullosa y muy contenta.

Bien sabe Dios que don Casto iba a tocar aquella carne libre de todo mal pensamiento; pero fuera que su vida exageradamente casta, si en tal virtud cabe exageración, le hubiera conservado fuegos interiores ocultos, apagados generalmente en los de su edad, fuera la emoción de la notoriedad, o lo que fuera, AVECILLA se puso pálido, tragó saliva y por sus ojos pasó una nube que los oscureció por un momento. Lo que sintió don Casto es un misterio; pero es lo averiguado que tardó algunos minutos en reponerse, y no sin trabajo pudo decir al numeroso público:

—¡Carne, carne y dura!

Y todos creyeron bajo la palabra de *abuelo*, como le llamó inoportunamente una chula en embrión.

Para doña Petra no pasó sin ser notada la turbación de su esposo; Pepita sintió otra vez la repugnancia de poco antes al ver a su padre palpar pantorrillas de fenómenos del *sexo débil*. Además, el espectáculo, hasta entonces compatible con el más recatado pudor, cambió de aspecto cuando dos o tres mozalbetes se acercaron a repetir la experiencia de don Casto. Como durase la prueba del tacto más de lo que parecía regular a la mujer gorda, ésta levantó la tranca y amenazó con ella, diciendo a la vez a los atrevidos y concupiscentes mancebos:

—¡Fuera, canalla!... ¡Id a palpar!...

¡Y añadió horrores!

Carcajadas del cinismo, epigramas de la desvergüenza, todo el repertorio de los lupanares se cruzó entre el concurso hasta entonces comedido y la robusta pastora de los Alpes... Los Avecilla salieron a paso largo, corridos, muy disgustados, sin hablarse, y llenos de remordimientos el esposo y la esposa.

Dejaron la feria, atravesaron el Prado y subieron por la Carrera de San Jerónimo; callaban los tres. Don Casto no se conocía, renegaba de sí. Nada de aquello era digno de una rueda del Estado, de una entidad que no debe, que no puede tener pasiones vergonzosas. Y no había duda, a sí propio tenía que confesárselo, por más que hasta la hora de la muerte se lo ocultase a su pobre Petra: él, don Casto, la rueda, había sentido un extraño, profundo deleite, al tocar la carne dura y fresca entre las mallas de seda... Sí; ésta era la verdad, la verdad desnuda.

Doña Petra subía la calle un poco amostazada, pero reprimiéndose; no quería manifestar sus recelos; no había forma decorosa de hacerlo delante de la niña.

¡La niña! Esto era lo peor. ¡Qué cosas había visto la niña! ¡Y eran ellos, sus padres, los que le habían abierto los ojos, los que habían puesto la provocación de la lascivia ante su virginal mirada!

Pepita iba un poco avergonzada. No se atrevía a mirar a su madre; temía que le conociese aquella excitación en que la tenían los repugnantes espectáculos que dejaba atrás.

En la esquina de la calle del Principe fué necesario hablar algo.

—¿Y ahora?—se atrevió a decir doña Petra.

—Adonde queráis—respondió Pepita, resignada.

—¿A casa? Es temprano—dijo apenas don Casto, hablando como aquel que no tiene saliva.

—¿Vamos a ver una piececita a Variedades?

—Está lejos.

—Pues a Eslava, que está al paso.

—Vamos a Eslava.

Y fueron.

Por el camino ya se habló algo, para olvidar, o procurarlo a lo menos, las escenas de los barracones. Don Casto, a quien la corbata se le iba metiendo carne adentro, aparentó jovialidad. ¡En vano! Estaban todos tres cortados, se miraban unos a otros con miedo. ¡Si algún pensamiento poco honesto, que lo dudo, había ocupado jamás a aquellos tres espíritus sencillos, no había sido ciertamente comunicado entre ellos, pues en todas sus relaciones había reinado siempre la castidad más perfecta! ¡Y ahora tenían aquel fango, aquella vergüenza en común, en la sociedad de su vida íntima!

La incomodidad de esta repugnancia la sentían ellos con mucha más fuerza que yo la explico.

En Eslava les tocó ver una zarzuela llena, también, de pantorrillas y de chistes verdes. Cada alusión iba derecha a lo que guarda más el decoro del contacto de los labios. Muchas las entendía Pepita, por demasiado transparentes; otras, a fuerza de discurrir, sin poder contener el pensamiento, lo que significarían aquellos chistes que el público recibía con carcajadas maliciosas... Acabó la zarzuela y empezó el baile.

—¡Más pantorrillas!—gritó don Casto sin poder contenerse y a punto de ser estrangulado por la corbata. Y puesto en pie, intimó a los suyos la orden de retirada.

Cogieron las mujeres sus abrigos y salieron a la calle, no sin que les acompañara el público de las alturas con ese castañeteo de la lengua con que se echa a los perros de todas partes y a los espectadores impacientes de los teatros, según moderna costumbre, menos culta que bien intencionada.

Salieron los Avecillas abochornados, llegaron a su casa, que estaba cerca, y sin hablar de las emociones de la noche, Pepita se fué

a su alcoba, después de dar un beso en la frente de su padre. A su madre no se atrevió a besarla. Don Casto observó que la niña estaba agitada, descompuesta, que tropezaba con las sillas; y el color encendido, el sudor que le caía en copiosas gotas por sienes y frente, notó que le sentaban muy mal. Aquella noche su hija no era la de siempre, la tranquila hermosura que cosía a la máquina en enaguas, durante el verano, enseñando la hermosa garganta, nada más que la garganta, y alegre y sin aquellas brasas en las mejillas.

Cuando don Casto estuvo solo con su esposa, en esa hora en que los matrimonios bien avenidos y de larga vida conyugal se acarician comunicando ideas, hablando de los hijos y de la hacienda, en esa hora, resumen del día, Avecilla miró, por fin, a Petra, cara a cara. Ella bajó los ojos, perdonando y pidiendo perdón a un mismo tiempo. Se sentía culpable de una sordidez que era una virtud necesaria para su miserable hacienda.

—¡Pobre hija mía! ¡Poco se ha divertido esta noche!—dijo el padre.

—¡Poco!—contestó la madre.

Y sin decirselo, pensaron los dos a un tiempo: “¡La hemos ultrajado!” Don Casto, exa-

gerado en todo y amigo de la hipérbole, hasta de pensamiento, fué más allá; pensó también así: “¡La hemos prostituído!”

Silencio otra vez. Doña Petra se acostó primero; volvió a rezar, porque le pareció que las oraciones de aquella tarde ya no servían, y quiso purificarse con otro rosario de coronilla. En tanto, don Casto paseaba por la sala en mangas de camisa, con los tirantes colgando, y así estuvo hasta que se le ocurrió una frase que reputó oportuna porque no decía nada y decía mucho. Mientras procuraba, maquinalmente y en vano, quitarse la corbata, mirándose al espejo, exclamó en voz alta, para que doña Petra le oyera:

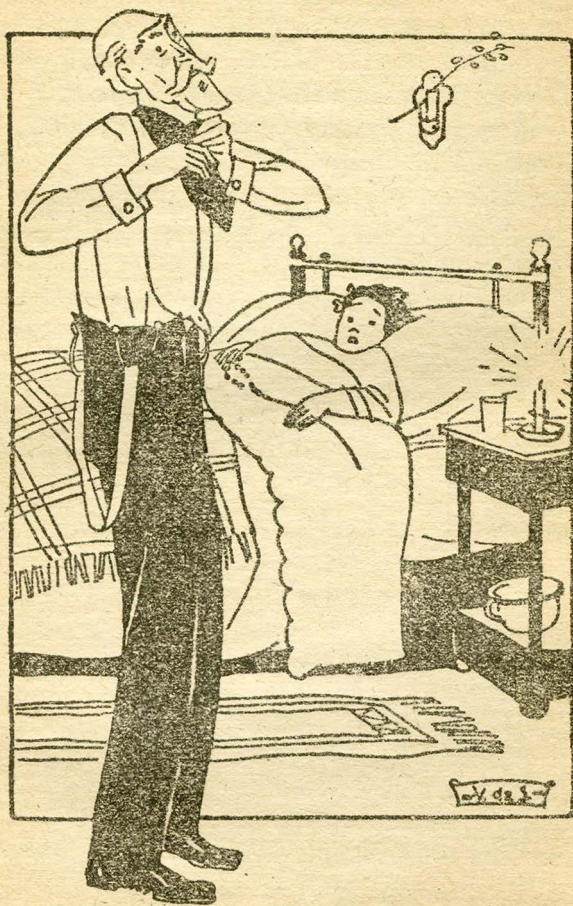
—¡Lo barato es caro!

Este aforismo económico-alegórico-moral, como para sí le llamó Avecilla, no mereció respuesta ni comentarios por parte de doña Petra, sin embargo de que lo había entendido perfectamente.

—¡Acuéstate, Avecilla!—fué lo que ella dijo.

—Bien quisiera; pero, la verdad, esta maldita corbata..., estos malditos resortes, esta industria transpirenaica... ¡No sé por dónde metió la niña esta punta de acero! ¡Ay!

—¿Qué es eso, Avecilla?



cial! Porque aún será el sueño de la inocencia, ¿verdad, Petra mía?

—¡Pues claro, hombre!

Ambos esposos pensaban en lo mismo: en la panfórrilla de mademoiselle Goguenard.

Don Casto se acostó sin quitarse la corbata, Apagó la luz.

—Duerme—dijo a su señora.

—¿Y tú?

—¡Yo! ¿Quién duerme con este lazo al cuello?... ¡Soñaría que me daban garrote!

—¿Pues por qué no quieres despertar a Pepita?

—¡Que duerma, que duerma la inocencia! Su padre vela.

Reinó el silencio en la obscuridad. Don Casto, sentado en la cama, apoyada la espalda en los almohadones, daba suspiros al viento con la fuerza de muchos fuelles. Doña Petra no suspiraba, pero tampoco dormía. Un reloj dió las dos.

—¡Si hubiéramos ido a la Zarzuela —se atrevió a decir doña Petra, como continuando una conversación entablada de espíritu a espíritu, sin necesidad de palabras, entre los cónyuges.

—¡Sí; debimos haber ido a la Zarzuela!

—Pero como tú dices que es un espectáculo *híbrido*.

—Eso es cierto: *híbrido*.

Nueva pausa. Nuevo atrevimiento de doña Petra.

—¿Y qué significa eso de *híbrido*?

—Petra—respondió el viejo, ocultando mal su enfado—: diversas y variás veces te tengo reprendido, en el tono de la más cordial amistad, ese espíritu concupiscente de preguntarlo todo. Y sobre que más pregunta un necio que responde un sabio, debo advertirte que yo no recuerdo en este momento lo que esa palabra significa; pero ten por seguro que la zarzuela es un espectáculo *híbrido*, pues yo lo he leído en críticos famosos y a ellos me atengo. Y duerme y calla, que harto tengo yo con esta maldita corbata para martirio de esta noche, y si no fuera un absurdo en el terreno de la economía, ya habría cogido unas tijeras...

—¡Jesús, hombre! ¡Una corbata que costó tantos reales!

—¡Pues por eso digo que sería un absurdo!

Durmió doña Petra y al cabo don Casto también, y soñó que le llevaban al patíbulo, como había previsto, y que por el camino del

patibulo había tendidas mujeres gordas, entre cuyas piernas mal cubiertas tenía que pasar don Casto, pisando carne por todos lados... Doña Petra no soñó nada. A la mañana siguiente, la rueda administrativa se despertó en don Casto con grandes ansias de funcionar. Pepita, contra su costumbre, no se había levantado todavía. Avecilla se alegró en el fondo del alma. Salió muy temprano, sin hacer ruido, y como las oficinas no estarían aún abiertas, se fué al Retiro. “¡Oh! ¡La naturaleza—pensaba don Casto—, único espectáculo gratuito y moralizador! Cuando quiera que Pepita se distraiga y dé libre vuelo a su imaginación, la traeré al Retiro por la mañana, en vez de llevarla al teatro por la noche... Aquí las flores deleitan el sentido del olfato, las aves el del oído, la naturaleza entera el de la vista, las brisas el del tacto, que, según aseguran los sabios, está esparcido por todo el cuerpo, y, por último, podemos correr con un cuartillo de leche de vaca, recreo sabrosísimo del gusto, leche con bizcochos...” Y siguió perdiéndose en aquel idilio y entre las enramadas del Retiro.

Cuando entró en la oficina, ya estaban trabajando, es decir, leyendo periódicos, algunos compañeros.

—¡Hola, hola, Casto!—se permitió decirle un vejete, el único que le tuteaba—. ¡Parece que se trasnocha!... *Sero venis*. ¡Y qué cara, qué palidez, qué ojos hinchados! ¡Ah, Casto, Casto! ¡Me parece que andas en malos pasos!...

—Señores, ¿quién ha contado aquí?...

—¡Todo se sabe!—dijo el viejo con malicia, para descubrir algo.

—¡Me han visto en la barraca de la mujer gorda!—pensó Avecilla horrorizado—. ¡Pues bien, señores; juro con la mano puesta sobre el corazón, por mi honor y por los Santos Evangelios, que mi curiosidad era puramente artístico-científica! Es cierto que la pantorrilla de aquella robusta señora...

—¡Bravo, bravo, confiesa!—gritaron todos a coro.

No se le dejó proseguir; ya no pudo en su vida explicar aquellas palabras, y quedó como artículo de fe en la oficina que don Casto Avecilla era como los demás, que tenía una querida y era robusta.

—En fin, caballeros—dijo don Casto, renunciando a explicarse porque no le dejaban—, todo lo que ustedes quieran será; pero yo les ruego por caridad que alguno que entienda estas trampas de las corbatas con re-

sorte, me libre de este dogal que me sofoca.
 —¡Uf!—respiró don Casto, moviendo la cabeza, sacudido ya el ominoso yugo.

Respiró con libertad; pero, ¡ay!, su reputación de casto esposo, de modelo de padres de familia, había desaparecido para siempre.

¿Y su hija? Su hija... ¿había perdido la inocencia aquella noche?

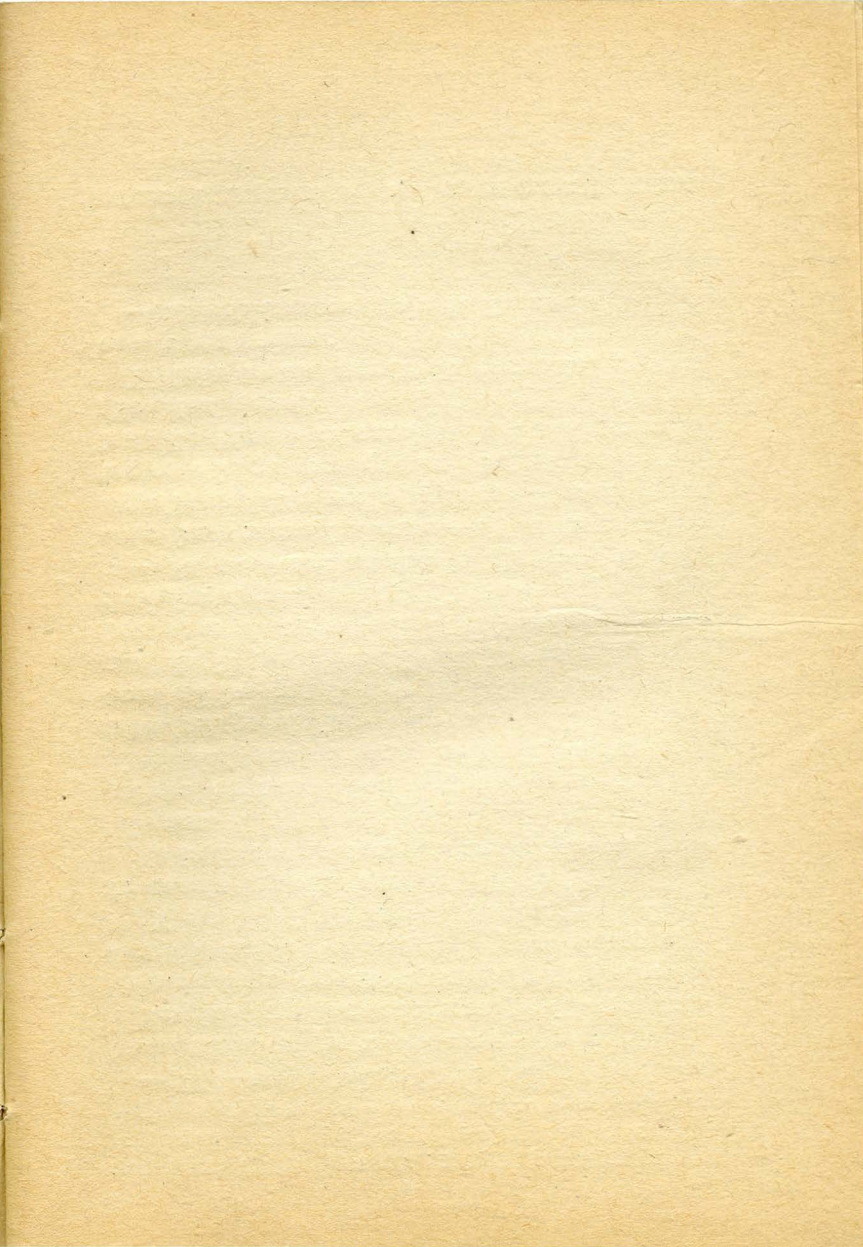
Yo le diré al lector, en secreto, que no hubo tal cosa.

Pero cuando, años después, la pobre Pepita, como tantas otras, sucumbió a los pérfidos halagos del amor de infantería y fué víctima de los engaños de un subteniente, huésped de la casa, don Casto, llorando su deshonra, se atribuyó toda la culpa de tan grande infortunio...

—¡Sí, sí! —exclamaba medio loco, mesándose las venerables canas—. ¡Yo la prostituta aquella maldita noche, por no llevarla a un teatro clásico, por querer ahorrar ocho reales! ¡Lo barato es caro, lo barato es caro!... ¡Yo bien decía!

Y doña Petra, por todo consuelo, repetía cien y cien veces:

—¡Si hubiéramos ido a la Zarzuela!

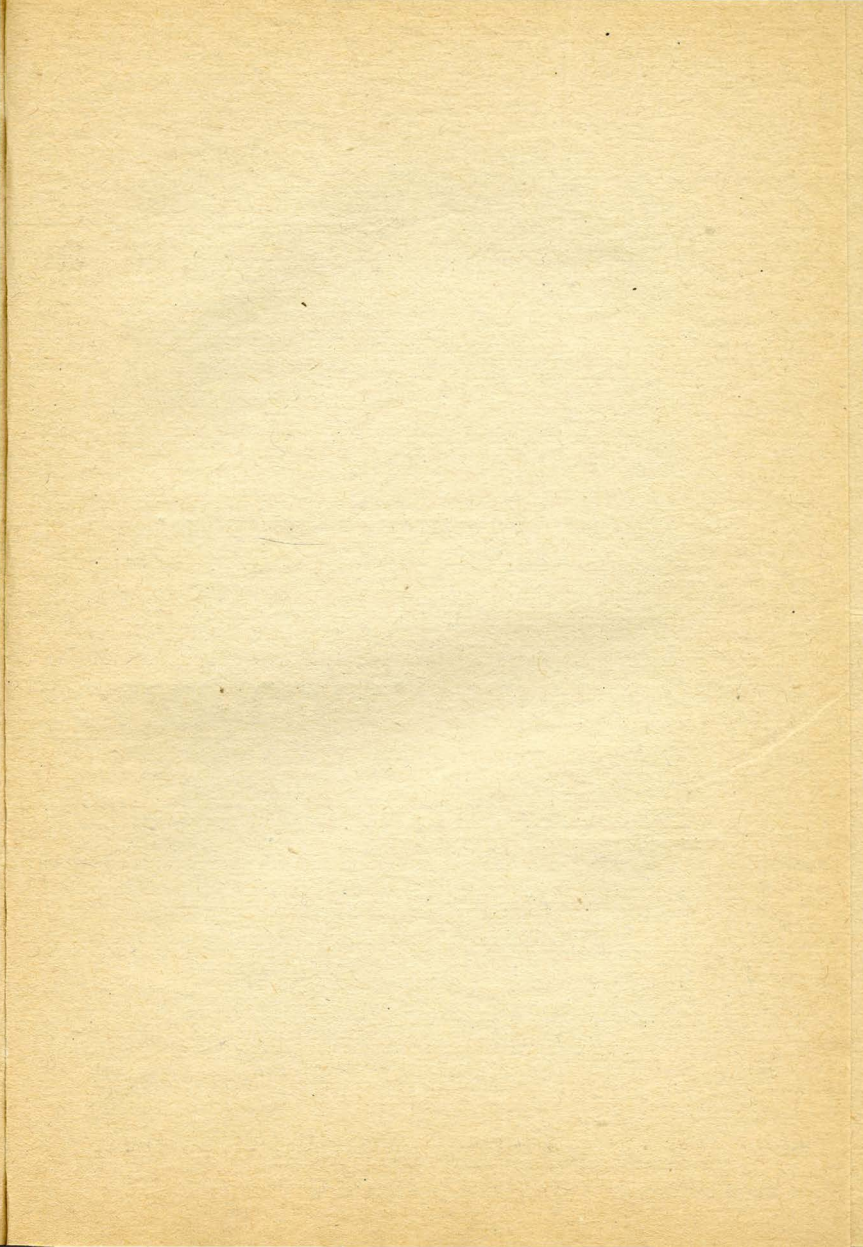


LUIS SANTULLANO

CARROCERA, LABRADOR

NOVELA

Ilustraciones de VARELA DE SEIJAS



LUIS SANTULLANO

Era en los buenos tiempos de la Universidad de Oviedo. La casa-solar de Feijóo, Campomanes y Jovellanos acrecía de nuevos prestigios con las enseñanzas de Aramburu, Allamira, Melquiades Alvarez, Posada, Buylia, Sela y Clarín—los últimos serán los primeros—, y preparábase al honor que dispensaríanle algunos alumnos que por entonces frecuentaban sus aulas: Ramón Pérez de Ayala, Alvaro de Albornoz, Leopoldo Alas (hijo), Juan Díaz-Caneja, Pérez Bances y otros.

Era en los buenos tiempos de la Extensión universitaria. Los catedráticos, no satisfechos con adoctrinar cumplidamente en sus clases, quisieron y lograron extender la fructificación de la enseñanza fuera del Estudio fundado por el obispo Valdés, a las villas y a los centros mineros, donde hubiera gentes deseosas de ensanchar el campo de sus conocimientos.

Entre aquellos alumnos estaba Santullano, el casi novel novelista que hoy honra nuestras páginas, el cual alcanzó en Oviedo, donde nació en diciembre de 1879, la época en que el espíritu de Clarín llenaba Vetus, y por todas partes bullía un ansia general de saber.

Difícil, en tal ambiente, sustraerse a la inclinación literaria. Compartidos con sus estudios pedagógicos, Santullano hizo entonces artículos en la Prensa local, y otros más tarde en la de Madrid: en El Globo y en Heraldo, de Francos Rodríguez.

Luego, pensionado por el Ministerio de Instrucción pública o por cuenta propia, corrió mundo, pasando temporadas en Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza, Italia, Egipto y Marruecos, interesado, por normas e instituciones pedagógicas.

Hasta pasados varios años no volvió al periodismo, empezando en *El Imparcial* su brillante y bien orientada colaboración sobre temas de enseñanza, sentido cultural que recoge actualmente casi todas sus actividades: desde 1911 colabora en la Junta para ampliación de estudios, y especialmente en la organización de la enseñanza en Marruecos, por requerimiento de los últimos ministros de Estado.

Los ocios de Santullano, hundido hasta el cuello en intensa y extensa labor de maestro, son los que dedica al cultivo de las letras, pues perduran en él las aficiones de cuando estudiante, dejadas a un lado porque las letras son tardías en dar para vivir, hasta en aquellos que a tanto alcanzan.

Un cuento en Blanco y Negro y dos o tres dados con seudónimo—excesivo rubor en quien como él maneja la pluma—son todo el bagaje literario del autor de Carrocera, Labrador; novela que descubre sobresalientes condiciones y recuerda, a nuestro entender, el modo de hacer de Clarín. Por eso nos pareció oportuno juntar en un volumen al maestro, siempre tan presente, y al discípulo.

Carrocera, Labrador es fábula sencilla, trozo de vida que empieza y acaba... para seguir después. Su protagonista, hombre también sencillo, hecho a pocas dulzuras, es juguete de las ventoleras del Destino, que juega con él mostrándole la felicidad y arrebatándosela cuando los labios habían empezado a saborear su miel. Y el hombre vuelve, con resignación de bestia de carga, al obscuro y sosegado vivir de siempre.

Estas medias tintas de su vida gris casan muy bien con el paisaje, tan humedecido de nieblas y de orbayos.

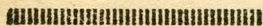
CARROCERA, LABRADOR

A Francisco Acebal.

Cuando aquella mañana—ya la hora algo adentrada en la tarde—empuñó Carrocera el picaporte de la tranquila casa de huéspedes, se le escapó de la mano cierto repiqueteo alegre y desusado, como si diese libertad al bullicioso regocijo del cuerpo en el primer día de suave primavera. Realmente no le había sucedido cosa particular durante las horas dedicadas a los oficinescos papeles en la Secretaría del Instituto, adonde la benevolencia del Claustro había orientado útilmente la desdichada capacidad enseñante del modesto auxiliar de Ciencias, correverás angustiado, durante algunos años, de catedráticos y alumnos.

Como todos los mediodías, Carrocera, después de cerrar la oficina, había encaminado sus pasos hacia los Jardines de San Vicente para dar un vistazo al periódico de Madrid, adquirido al pasar, bien acomodado en uno de los corvados bancos públicos, acogedores de toda felicidad humilde.

Ya allí, cierto súbito tironcito en la hoja desplegada, vino a sacarle de su lectura. Al



apartar el periódico, nuestro hombre quedóse enfrenteado a una criatura — ¿niño?, ¿niña?; grave cuestión para Carrocera—que miraba curiosamente al profesor y en el profesor las gafas relucientes, alzando la cabeza sobre sus tres palmos de humanidad deliciosa. El mudo diálogo no dejaba de ser elocuente. ¿Quién interpelaba a quién? Carrocera no se hallaba muy cierto de su superioridad y dominio en la situación embarazosa; antes, a la grata impresión primera, siguió en él como una torpeza de las manos y de la boca para el gesto y la palabra oportunos. Al darse cuenta del apuro, sintió la cara encendida en rojo, lo mismo que al hallarse en algún desagradable aprieto con el director del Instituto, cuya voz agria tanto le imponía:

—¡Señor Carrocera: antes de cinco minutos quiero ver ese expediente sobre mi mesa! ¿Estamos?

La escena se difería y el niño no mostraba prisa en facilitar una solución. De pronto, sin que en la carita expectante se anunciase el mensaje, revoloteó en el aire esta palabra de una música nueva:

—¡Pa - pá!!...

Algo infame se le metió, solo con oírlo, en el alma del profesor, inquietándole allá muy adentro con una vibración de dulce escalofrío. ¡Cómo!, él, Carrocera, con sus cincuenta años a la vista y una existencia infeliz de auxiliar permanente, de servidor uni-

versal por algunos duros mensuales, tan escasos que jamás-le permitieron abrigar en su corazón ensueño alguno realizable, ni siquiera durante los días inconscientes de la mocedad, se encontraba ahora con la revelación inesperada de que hubiera sido posible también la felicidad de los demás, de los ricos, y de humilde, de todos menos el misero Carrocera...

Lo decía aquel bebé con su lengua pura, como una milagrosa anunciación; porque la Divinidad gusta de encomendar a los niños la comunicación de sus altos designios, que, en este caso, brindaban al maduro auxiliar las delicias de una paternidad algo seronda y así más anhelada. Una voz próxima, de dulce sonido extranjero, vino a sacarle de su arrebamiento:

—Filín, ven acá y no molestes...

La voz llegaba del banco cercano en suave parábola que, al posarse en el oído del profesor, le hizo volver la cabeza con un gesto de excusa:

—No, no molesta nada, ¿sabe?... Al contrario... Un nene precioso... ¿sabe?... Precioso...

Y mientras hablaba atropelladamente, entre amagos de hipo, quedóse encandilado a la vista de la gentil "nurse", ataviada con un claro velo flotante como toca monjil de ignorada orden familiar y amable. Carrocera aguardaba una respuesta para salir definiti-

vamente del paso; mas la extranjera, después de considerar al vecino con mirada curiosa, continuó aplicada a su lectura.

Todavía más azorado, Carrocera levantóse del asiento, rozó la çabecita del niño en ademán de caricia y, saludando con torpe cortesía, avanzó resueltamente con tal desacierto que vino a plantar el pie sobre el lindo juguete—un corderillo lanudo—que el chiquitín arrastraba de larga cinta: “¡¡Becé!!”, chilló el destripado animal en su adiós a la vida de la pueril mecánica, mientras Carrocera huía como criminal verdadero y monstruoso.

Para serenarse algo y restablecer el equilibrio del turbado espíritu, dió algunas vueltas por los apartados senderos de los Jardines, hasta que el desasosiego cedió a una suave paz y, después, a cierto optimismo de alegría íntima—“¡Papá, papáaa!” le decía una vozcita recóndita—que pugnaba por salir y acabó descargando en el sólido picaporte de la casa de huéspedes.

—¡Jesús, don Felipe! ¿Es usted? Casi me había asustado ese repiqueteo. Temí fuera algún telegrama, que siempre anuncia cosas malas...

Era la que así hablaba doña Ramona, la patrona de Carrocera, mujer proveccta, de abultada corpulencia, que imponía respeto al auxiliar y aun a don Gregorio el coadjutor, otro de los escasos huéspedes estables cuidadosamente tratados por el módico estipendio

llen los curitas de confesonario y visiteo, tan remilgados y compuestos como señoritas... Créame, don Felipete; aquí no hay justicia posible, fuera ni dentro del recinto eclesiástico, sino es la que uno se tome por su mano. Y ya me voy cargando de paciencia y el día menos pensado hago una sonada desde el púlpito, no para que me oigan esos benditos feligreses, sino para que se les atraganten las verdades a los maldecidos colegas, bien aposentados en la vida presente y despreocupados de la otra, que ojalá los arroje a los más profundos abismos...

—¡Jesús! ¡Jesús, don Gregorio! ¡Está usted más disparatado que nunca!—interrumpió la patrona, a la vez que depositaba en la mesa la fuente humorosa del cocido.— ¡Cállese y coma y no irrite a Dios, que todo lo escucha!

—¡Bah! ¡Bah! Menudo descubrimiento le hago a su Divina Majestad... Pero, en fin, dejemos estas lamentaciones, no porque se haya agotado el tema, sino porque la irritación no es la salsa mejor para la comida, y cada obra tiene su hora, siendo la presente de las pocas que reconcilian al hombre, clérigo o seglar, con el mundo villano. ¿Verdad, don Felipete?... Aunque para usted, si fuéramos a juzgar por esa cara de pascuas, todás las horas del santo día de hoy deben de serle propicias... Cuente, hombre, cuente esas buenas noticias que le revientan en la boca. ¡Qué! ¿Ha venido ya el nombramiento de catedrático?

riamente todos los asuntos, lo mismo cuando pasan de una mesa a otra mesa que si salen de viaje para las islas Canarias. Nuestra Administración, según los enterados, es parsimoniosa, pachorruda; mas no seré yo quien ahora la atosigue, que si me viene a maravilla el aumento de las pesetas, yo me sé y usted me subraya la perspectiva que me basta para no tener prisa alguna... Por lo demás, querido don Gregorio, sabe usted mejor que yo, en su condición de sacerdote, que no existe otra dicha sino la que uno mismo se labra a fuerza de conformidad y buen ánimo.

—¡Pamplinas! ¡Pamplinas para los jilgueros, don Felipete! ¡A mí con esos cuentos de resignación y de moral a perragorda!... Pero, al fin, cada cual es como es, como Dios le hizo, y yo viviré rabiando ante el espectáculo de una sociedad que aúpa a los bribones, mientras usted, bienaventurado, se encuentra como en el mejor de los mundos, sin pena ni gloria, ni codiciar cosa que valga la pena.

—Poco a poco, don Gregorio, que también yo tengo el alma en mi almarío y, cuando se le depara la ocasión, sabe revolotear y subir cielo arriba, arriba, en busca de otros espacios...

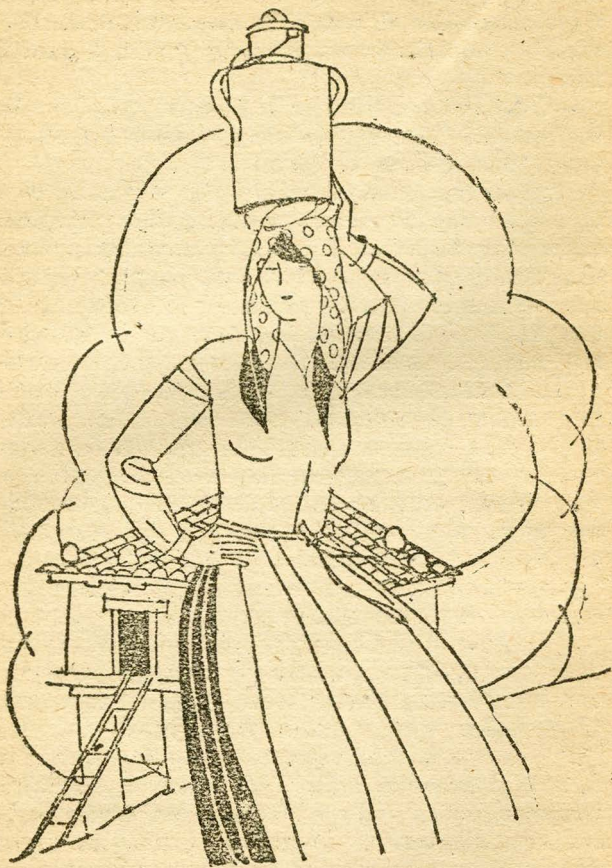
—¡Ta, ta, ta! ¡Malo, malo, malo!... Me parece que este año la primavera se le ha metido a usted de rondón en el cerebro.

Carrocera enrojeció como chico descubier-to en falta, y ya se disponía a disimular con

alguna oportuna evasiva a tiempo que la patrona asomaba al comedor su corpulencia llevando por delante a una muy gentil doncella rústica:

—Don Felipe, aquí está Rosina, que trae la contestación de su madre en el asunto de hospedar a usted en el verano.

Rosina era la comisaria de la aldea, la moicina que llegaba cada mañana del próximo caserío de Sopenalba con una cantimplora airosamente plantada en la cabeza para distribuir el néctar blanco entre la clientela de la ciudad. Doña Ramona formaba en la categoría distinguida entre las parroquianas antiguas, circunstancia que había originado cierta relación de amistad entre la casa de huéspedes y la familia campesina. Ahora el esperado nombramiento de don Felipe planteaba al profesor una de las más graves preocupaciones de su vida. "*Dómine, non sum dignus*", se decía en su interior, o lo que es lo mismo: "Verdaderamente, ni he sabido ni sé hoy palabra de la árida materia de que pronto responderé ante el Claustro y ante los alumnos, esos empecatados muchachos de quienes me creía libre para siempre. Mas ¿quién renuncia al beneficio que viene como llovido del cielo?... No te queda otro camino sino cumplir bien e imponerte a los chicos... y a los compañeros. Así, Felipe, quieras o no, serás agricultor... Agricultor de gabinete, mas no tanto que llegues a confundir, según te ocurre, una



un fracaso escandaloso y quién sabe si un expediente, con pérdida de la soñada cátedra. Aturullado por tan fundados temores, dejó hacer al coadjutor y a la patrona, resignado a cuanto ellos decidieran. Así, al encontrarse con la visita de Rosina, allí garbosamente plantada, con su cara morena, su fino pergeño, su luz juvenil, que la rodeaba y se expandía por la habitación, Carrocera sintióse como penetrado por una sensación de frescor y optimismo que se manifestaba en vagas palabras entre labios: "Sopeñalba... Agricultura... Mi cátedra... Bien, bien... Soy el más feliz de los mortales."

A todo esto ya la mocina había declarado la conformidad materna de recibir a don Felipe como huésped veraniego, para lo cual le dispondrían la sala, esto es, la habitación principal de la casa, que daba al corredor.

—Perfectamente; asunto arreglado— comentó don Gregorio—, porque tu padre, según costumbre, no habrá dicho ni pío; que allí mandan las faldas, y ¡chitón!

Así ocurría, de cierto. El matrimonio de Sopeñalba era una coyunda desigual por la edad y el temperamento de los apareados: Xuan Parola, hombre de labia y de canción, amigo de fiestas y del poco trabajo, andariego en la mocedad sólo por ganas de ver mundo, ahora setentón enjuto y filósofo, y Teresa la Galantiona, mujer despierta, ambiciosa y práctica, que supo apañar la boda con la

Después de los "americanos" seguían en orden cronológico las dos mocinas de la casa: Carmela, la mayor, "el hombre" de la hacienda, que ella casi llevaba en los brazos de sus veinticinco años vigorosos; Rosina, algo menor en edad, la señorita de la familia, siempre airosa y bien vestida, esto por mano propia. Porque además de ayudar en las faenas de la casa, que no suponían grave fatiga—asi el paseo diario a Sopeñalba para llevar la leche a la parroquia—, Rosina había aprendido el oficio de costurera, del cual sacaba algunos cuartos y aquella facilidad para componerse a su gusto.

De la tercera pareja, formada por dos mellizos, uno de ellos había acabado por sucumbir a la alferecía, mientras el otro, Pinín, parecía haberse apropiado la doble energía vital, que ahora estallaba en la más retozona adolescencia.

Tal era el cuadro familiar donde Carrocera había de hacer su noviciado agrícola, para honor y beneficio de la enseñanza oficial.

En cuanto al medio natural, la aldea de Sopeñalba ofrecía muy agradable acomodo campesino. Asentada en la vecindad de Nubledo, la capital provinciana, y en la eminencia de suave colina, esparcía por ésta y sus laderas el caserío de sumarias viviendas con el pórtalón acogedor, el corredor lanzado y los ventanuchos ribeteados por blancas ojerías de cal, en la compañía de hórreos y paneras equili-

bristas sobre los altos zancos de piedra o de madera. Desde esos corredores y desde las tálameras de los graneros descubriábase allá abajo la ciudad, cuyo rumor confuso — del que destacaba en las tardes domingueras el cornetín de la Banda municipal—llegaba, si el viento favorecía, hasta la misma paz de la aldea, la cual sabía devolver la fineza en kikirikís de sus corrales, en ladridos de sus perros y en el chirriar de las macizas carretas.

Del otro lado de la colina desarrollábase un panorama de montañas sucesivas que fundían a lo lejos con las nubes la niebla de sus cimas, mientras en el primer término, bordeando las tierras falderas de Sopeñalba, atravesaba el blando paisaje la doble cinta reluciente del ferrocarril, que ensartaba bosques, praderas, labrantíos y cuanto se le ponía delante, para terminar enhiéndose en el negro ojal de un túnel.

* * *

Con los primeros días de junio, Carrocera, ya nombrado catedrático de Agricultura, instalábase en Sopeñalba, algo emocionado con el extraordinario cambio de su vida de oficinista cronométrico, ahito de papeles. Sentía como una soltura nueva en sus movimientos, una tendencia a desprenderse de la tierra, a cierta levitación, manifestada en brincos, carrerillas y saltos que, con sorpresa suya y fa-

cilidad extrema, lanzábase a dar, apenas surgía el más leve obstáculo ante su andar ciudadano. “¡Qué vida, Felipe, qué vida te has arreglado—se decía para sus adentros—. Atendido como un príncipe, sin otra obligación que la de ver cómo trabajan los demás, dándote la importancia de fatigarte los sesos con la media docena de libros que has traído y que, ¡eso sí!, habrás de meterte en la cabeza...” Para que nada le faltase tenía grandes ratos de palique, como si dijéramos de casino, con el viejo Xuan Parola, dichoso de haber a su alcance un oyente de calidad, capaz de estimar sus disertaciones viajeras y sus proezas de la mocedad en la compañía de otros claros y juveniles varones de la misma aldea. En realidad, y a la postre, la aventura mayor reducíase a cierta antañona exploración, carretera adelante, hasta doblar las últimas montañas provincianas, pasando a Castilla—“llana como la palma de la mano”—, para llegar a tierras de Arévalo, donde Xuan halló acomodo en casa principal, mientras sus compañeros ajustábanse para la siega de los anchos campos de trigo, “dorados y tupidos, que era una bendición”.

—Le digo a usted, don Felipe, que en cosa de comer y beber aquel país es el acabóse y algo más. Cada mañana, la señora ama—persona bien parecida, de pocas palabras y de voz suavina, que se le metía a uno dentro—me alargaba una hogaza de pan blanco..., ¡qué

un cesto de ellas, bajando encendida por el ejercicio, adornadas las orejas con rojos perendengues, que le iban a maravilla...

* * *

La recolección del heno trajo unos días de mucha ocupación y de gozoso entretenimiento para Carrocera. Dos jornaleros, dirigidos por Carmela, despacharon en varias duras jornadas, de sol a sol, la faena de segar los dos grandes prados—el “Sucón” y la “Fontanina”—, tapizados de hierba ondulante a la brisa, que decoraban las manchas rojas, amarillas y violeta de la espontánea flora. Después, vino la tarea de extender la hierba, de volverla para que curase al sol, de apilarla en bálagos, de esparcirla y voltearla de nuevo, para terminar cargándola en el carro de ejes cantarinos. Toda la familia afanábase en estas labores, mientras el ganado—la “Roxa”, la “Pinta”, la “Galana”, dos ovejas y el asno, éste convenientemente trabado—pacía a su antojo en las márgenes de la pradera. Hasta “Canelo”, el perrazo fachendoso y ladrador, olvidaba su aplomo y gozaba en revolcarse entre la yerba, en perseguir las mariposas con el rabo y la cabeza empinados, en descubrir enemigos imaginarios, para lanzarse, después, en carrera frenética hasta perderse en el soto vecino, que pronto retumbaba con los alegres ladridos.

de cuentas mejor estará tumbado a la sombra, ya que, a Dios gracias, nos bastamos para rematar estas cuatro yerbucas. ¡Si me acuerdo de aquellos campos del Arévalo, de aquellos trigales anchos como el mar, de aquellas filas de segadores, largas como de aquí al túnel, que ¡ris, ras!, ¡ris, ras!, hoz en mano, no acababan de tumbar haces, pues no parecía sino que la tierra iba retoñando espigas a medida que avanzaban... Pero ¡esta miseriuca!...

—Miseria y lo que quieras—replicaba Teresa—, de ella y de la demás pobreza de la casería vivimos y no nos va mal. No hay que ser soberbios; sobre que tampoco lo dices todo con ese afán de ponderar sin ton ni son, ya que en esos labrantíos tan grandes que se pierden de vista diz que no tienen una mota de tierra los que la trabajan. Aquí, si sudamos la hacienda, también disfrutamos de ella, pues mucha o poca, toda es nuestra y nadie nos corre detrás.

Con el rastrillo apañábase Carrocera algo mejor. Emparejado a Rosina, iba peinando la pradera a suaves tirones del garabato, cuya hilera de púas venía en ocasiones, por impulso mal calculado, a quedar encajada en el otro rastrillo, obligando a la mocina a disculpar al profesor con una abierta sonrisa que le hacía tilín. Sucedió en esto que al posar Carrocera la vista en el suelo para ahincar la atención, advirtió algo que rebullía a sus pies y, sin poderse dominar, brincó asustado:

—¡Una culebra! ¡Una culebra!

Ya Pinín estaba allí, con la horcada en alto, pronto a sacudir una trancada; mas, con asombro de Carrocera, echando a un lado el útil y dejándose caer de bruces, aplicóse a dar caza al reptil, mientras voceaba entre grandes risotadas:

—¡Si es un esculibiertol

Y en prueba de que decía verdad, levantaba en alto, atenzándola suavemente, una larga serpiente de cristal, que se torcía y anillaba en el aire buscando asidero.

—Mire, mire—insistía el rapaz, acercándose a don Felipe—, no hace daño, ni puede hacerlo; que los esculibiertos no tienen veneno, ni gáfura alguna.

Aunque Carrocera no se hallaba muy convencido, acabó por tomar prudentemente la inofensiva serpiente, que no tardó en esmuñarse y desaparecer entre la hierba,

* * *

Soleado y apilado el heno, habían de trasladarlo a la tenada del corral. Era la reserva para la invernada, durante la cual la lluvia, y acaso las nieves, no permitían apacentar al ganado en las praderas, cuya excesiva humedad tampoco las vacas apetecían. Aquí entraba en servicio el carro del país. Armada de un tridente, cual diosa campesina, Carmela iba disponiendo la carga de heno, promedian-



sin dejar fallas. Pinín gozaba en la movida tarea como de una fiesta:

—Suba, don Felipe, suba. ¡Ya verá qué diversión!

—No haga caso de ese tontaina—advertía Carmela—, que todo lo toma a cuento de reír. Se va a llenar usted de yerbajos y a sofocar con el ahogo que hace dentro.

Mas Pinín insistía:

—No la crea usted, don Felipe, que no hay pizca de calor y hasta corre un frescico que da gloria; que hemos levantado unas tejas para tener algo de luz y trabajar más a gusto.

Carrocera no pudo oponerse a la tentación, en su espíritu ingenuo, de realizar el descubrimiento de una tenada y de añadir este conocimiento a su ciencia de catedrático de Agricultura.

Pinín retozaba como un perro a la presencia de Carrocera, quien, si contenido al principio en el papel de curioso, bien retrepado en la masa de heno, no tardó en unirse a la tarea y a la alegría del rapaz. Verdaderamente, la faena era divertida: aquel ir y venir con paso inseguro, aquellos revuelcos inesperados y en blando, aquel bailoteo sobre las gavillas para apisonarlas y aprovechar el espacio. Rosina estaba como nunca hermosa, encendida la cara por el trajín, la fresca boca pronta a la risa, la garganta libertada del corpiño, que el esfuerzo había entreabierto para mostrar

mirada, como si todo lo presente fuese ella y sólo ella, punto de luz refulgente que le atraía y cegaba.

* * *

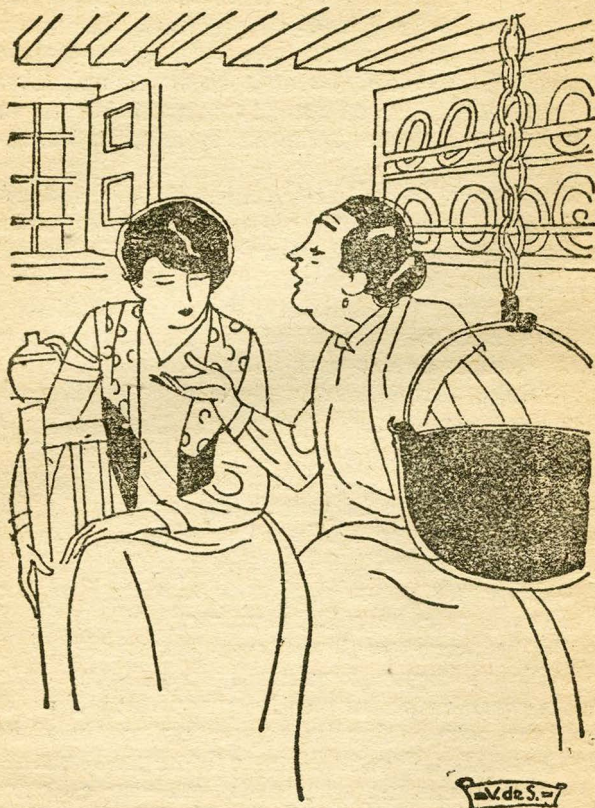
Al domingo se cumplió la promesa de doña Ramona, una y otra vez repetida, de pasar una tarde en Sopenalba, para ver a don Felipe y, de paso, regalarse con una buena escudilla de leche recién ordeñada. Toda la familia rodeó a la señora de la ciudad, para quien fué el asiento más cómodo, el sitio fresco, las atenciones a lo llano. La patrona no cabía de gozo en su voluminoso cuerpo, que arrellenaba en el único sillón de vaqueta.

Dijo doña Ramona:

—Bien le tratan, don Felipe, a juzgar por la buena presencia, como persona que se da la mejor vida.

Acudió Teresa:

—Pues, a decir verdad, come poco más que un pájaro; sino que le aprovecha, sobre todo, el aire saludable de la aldea, esta calma tan diferente de los ruidos de la ciudad, que no sé cómo les consienten a ustedes pegar los ojos. Aquí, don Felipe duerme como un tronco, según dice, toda la noche de Dios. Y es que, además, acuéstase rendido por tanta lectura y también del trajinar en la casería, cuándo aquí, cuándo allá, mismamente como uno de nosotros.



—Veinte corridos me llevaba tu padre el día de nuestra boda y, con todo, no nos va tan mal, según está a la vista. Lo cual quiere decir que esa mayor diferencia de cuatro o cinco años, antes que aumento de dificultad, lo será de ventaja tuya, pues en otro tanto mandará tu mocedad dentro de la casa, como corresponde a la mujer acondicionada para el buen gobierno de la familia.

—Calle, madre, calle, que no hay todavía razón para ese planear, ni tampoco estoy segura de que a lo último había de decidirme. Y no por motivo de repugnancia, porque, al fin de cuentas, don Felipe no es ningún vejestorio, ni siquiera mal parecido, y bodas más desiguales se ven cada día. Pero..., no sé, páreceme como una criatura grande, que no sabe del mundo, a quien todos pueden engañar, Y si esto mismo le gana una mayor inclinación al conocerle, también me da como cierto respeto, que no sabría explicar; porque no es su calidad de hombre leído, sino... lo otro, esa su manera aniñada y feliz... De tal modo, que, doblándome él la edad y algo más, me siento como la persona mayor, la que habría de protegerle...

—¡Bah! ¡Bah! Ahora resulta que el único reparo que le pones es encontrarle demasiado rapaz, de pocos años, para ti...

—Vaya, madre, veo que no me entiende o no quiere entenderme. Mejor será dejar tanta conversación, ya que, de todos modos, lo que

haya de suceder, sucederá, querámoslo o no lo queramos.

—Poco a poco, neña; que no siempre ocurren las cosas porque sí; antes bien, hay que poner los raíles por donde vengan hacia nosotros. Dígame que te entiendo y entendí desde la primera palabra, y por eso te aconsejo, porque veo cómo don Felipe te hace alguna gracia con sus cosas, lo cual es una manera de corresponder a la estimación que parece tenerte, y así no creo ir muy torcida en la adivinanza si discurro que los dos seríais felices... Ahora, no vayas a creer el negocio tan mollar, pues no se trata de él solo, que entonces sería obra de coser y cantar, dada la bondad natural de don Felipe; sino también, y principalmente, de doña Ramona y don Gregorio, de ella sobre todo, que es una metenarices y hará lo imposible por que el asunto no llegue a buen término, si barrunta algo. De modo que de ti depende y de tu maña que asegures la suerte y te veas hecha una señora, sin preocupación alguna, viviendo a lo grande, en vez de quedarte reducida a un jornal o apulmonarte por esas tierras de la mañana a la noche, cargada de críos, que es todo lo que te aguarda. Piénsalo bien; no seas boba y déjate querer... Eso sí, poniendo algo de tu parte... por si acaso.

* * *

na. Los eficientes, con las bordadas capas esplendentes al sol. Séquito apiñado de ofrecidos en hábito, de devotas ataviadas de negro. Un perro callejero y rastreador.

Las miradas posábanse en el santo, sólido y menudo, tallado a golpes de azuela y de gubia por algún carpintero del lugar en el siglo pasado. En esto ocurrió que, bien por un paso inseguro de los portadores zagueros o porque estuviese floja la tuerca que sujetaba la rústica imagen a la peana, aquélla vino a caer pesadamente en tierra, con sorpresa entre consternada y maliciosa de la concurrencia, cuya indecisión dió así tiempo para que acudiese Céfero, el sacristán, y volviera el santo a las andas, mientras el párroco rezonaba para su capote:

—¡Bah! ¡Bah! También tienes buenas manos de manteca para atornillar como es debido... ¡gran fargallón!

Poco más tarde, ya en plena fiesta de sidra, de baile y de tonadas al son de la gaita, de un corro de romeros acomodados cerca de rezumosa pipa surgió la copla:

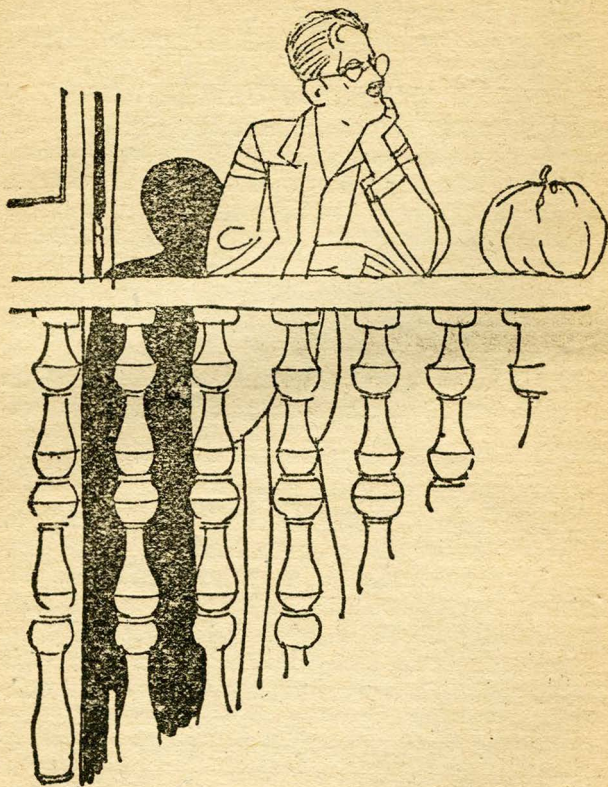
Era de nogal
era de nogal el santo,
era de nogal.
¡Por eso pesaba tanto
el animal!

Y la gaita subrayaba la intención: *tirullí, tirulí, tirulá, tirulá...*

en esta ocasión no hubiera podido rehusar el convite, pues el mozo lo había apoyado en el obsequio de una jarra de sangría bien azucarada, servida en vidriada escudilla. De buena gana, Teresa hubiese desairado al inoportuno; mas limitóse a poner los labios en la rústica vasija con el mohín preciso de la urbanidad campesina.

De este modo Antón y Rosina emparejaron para la tarde, ya avanzada, desapareciendo entre la muchedumbre del castañedo. La fiesta hallábase en la plenitud. Ya habían sonado en el espacio los gordos cohetes que declaraban el momento del postre en la comilona de la Casa Rectoral. La Iglesia manifestaba así su gozosa participación en las cosas terrenas, pues si Cristo se hizo hombre no fué solamente para salvarnos muriendo en una cruz, sino también para mostrar a cada uno la posibilidad de la propia salvación, aun con la plena satisfacción de las necesidades y solicitudes naturales de la humana criatura. Claro es, en este punto concreto, que según muestra la Historia santa, Jesús fué persona de poca comida...

Los cohetes de la Rectoral, al deshacerse en nubecillas allá en lo alto, venían a decir: "Ya lo veis: mucha platada de cosas ricas, buen empinar de vinos dorados y rojos, abundancia de golosinas postreras y, en definitiva, nada..., nada... hasta el próximo año... Y así, hasta la hora del gori-gori, que a todos



ducir cierta elevación súbita en el ensueño, poniendo de manifiesto la dificultad de acotar la poesía, cuya naturaleza sutil lo mismo penetra el material grosero, que se escapa de las vaporosas redes donde creemos aprisionarla. No de otra suerte sintió Carrocera como si de pronto le hubiese alzado del suelo una ráfaga de primavera que le impulsaba alegremente hacia la habitación donde ya Rosina disponía el tazón de leche con el rico pan moreno del horno casero.

—¿Pero qué le ocurre hoy, don Felipe, que tan por la madrugada se ha marchado de paseo?

—¿Ocurrir?... Nada, Rosina, nada... A mí no me ocurre nunca nada extraordinario... ¡Nada!... En cambio, a usted..., ayer..., la romería...

La voz temblequeaba en ahogo aflautado y ridículo que, sin embargo, conmovió a Rosina. Un silencio. Luego, los pasos de la mocina hacia la puerta, dejando detrás, en el aire, estas imprecisas palabras, que aturdiéron, como fluido anestésico, al pobre enamorado:

—Apariencias, don Felipe, apariencias... ¡Sólo apariencias!...

* * *

Así era, en efecto. Rosina había acogido al de Literio con agrado; más, a poco, advirtió

y la imaginación revolando por el cuarto alrededor de Rosina, para él presente y fugaz, ya cercana y sonriente, ya con la mirada suelta en la lejanía, o, ¡ay!, emparejada al galán romero.

“Apariencias..., apariencias.” Rosina decía la verdad. La procacidad de Antón avaloraba, en la sencilla estimación de ella, la delicadeza de don Felipe y la empujaba hacia el profesor, cuyo discretísimo rendimiento venía ganando su voluntad. Por esa íntima simpatía de los enamorados, Rosina había adivinado la preocupación de Carrocera y hallábase invadida de gozosa satisfacción, de un tierno deseo de manifestarle su agradecimiento.

La hora del almuerzo sorprendió a Carrocera en la misma disposición contemplativa, cuando Rosina, arrebolado el moreno rostro, penetró en la habitación llevando el servicio. Coincidían ambos en la necesidad de estar juntos, de comunicarse la novedad del mismo secreto; mas también participaban los dos del dulce embarazo que mantenía enmudecidos los labios y anhelantes los ojos, cuyos mensajes de largas miradas se prendían al encontrarse.

Carrocera comió sin apreciar los manjares, embebecido en la contempación de Rosina, la que tampoco andaba atinada en lo que hacía; hasta llegó a derramar un vaso. “¡Alegría..., alegría!”, se atrevió a comentar don

Serán las últimas del año; apenas si quedan en el negral, que es el más serondo.

Ya en esto saltaba Rosina del hórreo, portando en la mano un cesto de asa. En viéndola, no necesitó Carrocera otras razones para disponerse a seguirla, como lo hizo prestamente.

El cerezal de la Reguereda es una gran mancha frondosa y recogida en el escobio que forman los montes vecinos de Sopeñalba. Al fondo corre bullicioso el Endrín, un regato de aguas frías, originadas en los abundantes manantiales y fontanas de aquellas laderas. Sólo media hora de camino separa el caserío del lugar delicioso, ahora convertido para Carrocera y Rosina en amable réplica del Paraíso terreno, con fruta incitadora y todo.

Como en el caso bíblico, tampoco hubo aquí malicia ni premeditación alguna, sino arrobamiento y deleite ingenuos, pues ni el pacato varón poseía experiencia anterior que le moviese a la propicia iniciativa, ni la doncella era de temperamento adecuado para suscitarla. Acaso el lector malicioso se incline a poner en la cuenta de ella, al lado de circunstancias que la disculpan, cierto eficaz estímulo de los cálculos maternos, alimentados por la subconsciente y humana ambición. Mas, sin aventurarnos a negar esa posibilidad, habremos de añadir que en materia de determinaciones a la Providencia toca, en su última previsión, acoger la responsabilidad úl-

tima, y si en la página primera del gran Libro de la Humanidad aparece escrita la partida —¿en el Debe?, ¿en el Haber?—del original y trascendente bautismo amoroso, cabe también suponer registrada en el folio número tantos del mismo copioso volumen la caída, dulcemente fatal, de Rosina y don Felipe en este plácido cerezal de la Reguerada. Así, para entendernos y llegar a un acuerdo en punto de tanta principalidad, convendrá deducir que, mientras ella se dejó llevar de la ocasión, ayudándola un poco de su parte, conforme al precioso consejo materno, nuestro Carrocera consintió en la felicidad—piel morena entre las frondas, ojos y boca tentadores—que se le ofrecían a la hora más favorable para enajenar su espíritu y su carne, la cual, si de flaca condición pedagógica, acertó a enardecerse en aquella oportunidad jamás soñada. Con tales ventajosas circunstancias, el *fiat* de la naturaleza había de ser cosa dicha y pronto hecha, como así vino a ocurrir real y verdaderamente.

* * *

Casi parece inútil declarar que la vida de Carrocera se recogió desde aquel día como en remanso de luz nueva y de dulzura sin término; le parecía el mundo otro mundo y la naturaleza otra naturaleza, aún más acogedora y amable para él.

Sucedió en esto que Rosina fué solicitada con algunos encargos de importancia entre su clientela de costurera rural, lo que la obligaba a permanecer las horas recogida en la casa. Carrocera no consintió—claro es—que retirase de la habitación la máquina de coser, que allí tenía guardada; antes logró que hiciese del comedor su taller de costura, preferido por la abundancia de luz, la orientación a mediodía y hasta la holgura de sitio para disponer el trabajo sin que nadie lo estorbase. De esta suerte la feliz pareja pudo continuar arrullándose a placer y confiándose las dulces miradas y el entregado ensimismamiento que formaban la substancia principal del voluptuoso y silencioso diálogo.

Teresa observaba con el rabillo del ojo y callaba complacida, barruntando que el asunto iba por buen camino. Carmela, afaenada de la mañana a la noche con el cuidado de la hacienda, no tenía vagar para advertir lo que sucedía. Parola vegetaba al margen de toda preocupación dañosa para su salud y buen humor. En cuanto a Pinin, ni su edad y temperamento retozón consentíanle enfocar la atención fuera de las oportunidades propicias a sus juegos, que alguna vez acertaban a distraer bulliciosamente el idilio.

También vino a estorbarlo una mañana la presencia de Antón, de paso por la quintana, guiando un carro de cucho, que arrastraba vigorosa yunta de jatos.

—¡Non te espetes, cordurera!—dijo el mozo alzando la cabeza y mirando a Rosina con cierta sorna.

—¡Non quixiera!—contestó displicente la mocina.

Hubo un silencio, del cual destacaba el chirrido de la carreta alejándose.

—¿Qué significan esas frases, Rosina, que no entiendo?—apuntó la voz, algo velada, de Carrocera desde la habitación.

—Nada, Lipe, nada; palabras de aldea sin importancia alguna... Quiere decir: "No te pinches, costurera"; que éste es el saludo acostumbrado cuando alguien pasa cerca de la moza que cose. A lo cual ella debe contestar como yo lo hice..., y nada más. Después puede venir, o no, el palique, según agrade o convenga a las personas. Ya ves cómo no hay en ello malicia ni secreto que puedan preocuparte.

—Ya comprendo..., sin duda... Mas también advierto que a mí no se me ocurren esas cosas, ni otras parecidas, pues nunca supe de galanteos. Con lo cual seguramente habré de parecerme hombre de poca gracia y aun aburrido, siendo tú ocurrente y apetecida de cuantos te conocen.

—No creo lo digas por Antón, de quien se me da tanto que, para mí, sólo merece revolcarse como gocho que es en la negra cuchada del carro... De modo que no tienes pizca de motivo para disgustarte, ¡gran tontón!

Con estas palabras y una larga rúbrica de los ojos entornados, a Carrocera se le caía la baba de gustoso e inefable deleite.

Transcurrieron algunas semanas de suave deliquio, en cuya gozosa plenitud varios indubitables síntomas revelaron a Rosina que el gozoso sacrificio de la Reguerada no había sido estéril ni ingrato a Dios, ya que en su inapelable designio había resuelto que diese natural fruto.

Cuando Carrocera lo supo de labios de la misma Rosina, quedóse un largo rato como hombre distraído y feliz a quien, caminando por amena llanada, tapizada de olorosas flores, se ofreciera de pronto ante sí empinada montaña cuajada de desnudos peñascales y amenazadores riscos. Y la extraordinaria sorpresa dábase en su ánimo acompañada de cierto dulce sobresalto al advertir que todo aquello era obra suya, de su clara potencia de varón, acerca de la cual jamás se le había ocurrido meditar, ajeno a la idea de que él, Carrocera, podía llegar a la jerarquía de padre y serlo por modo fácil y placentero.

—¿Qué hacemos, Rosina, qué hacemos?— fué su primer comentario.

Ante la natural turbación de la mocina, cuya respuesta de lágrimas y risas entremezcladas tampoco daban la solución al grave caso, Carrocera decidió acudir al consejo de don Gregorio, como en el trance más solem-

ne e inesperado de su vida, y bajar aquella misma tarde a Nubledo a hora de encontrar al coadjutor en la sacristía, como el lugar a propósito en la trascendente entrevista.

* * *

Según lo pensaba, el coadjutor hallábase a solas y de turno. A la puerta de la iglesia los monacillos entretenían el tiempo jugando a la peonza. Carrocera pasó cerca de ellos tan apresurado que, sin darse cuenta, vino a lanzar a distancia, con inoportuno golpe de pie, uno de los trompos bailadores, estorbando la jugada.

—¡Ya podía mirar dónde pisa o ponerse anteojos en las peanas!

Carrocera iba ciego, doblemente ciego, de los ojos de la cara y de la vista inmaterial, sin acertar a recoger su atención para nada concreto. El templo, obscuro y solitario en aquella hora, lejos de impresionarle desagradablemente, ofrecía un ambiente acogedor para su ánimo conturbado. Aquí y allá algunas lámparas de aceite abrían en la sombra breves círculos de suave luz, como refugios de esperanza. Guiándose por ellos fué acercándose a la sacristía.

Don Gregorio leía devotamente en su libro de rezos, sentado en abierto confesonario, valetudinario de las grandes purificaciones de fieles, cumplimiento pascual y jubileo de la

extraordinaria revelación. En su aturdimiento entreveía una entremezcla de cosas gustosas y molestas, fastidiosas y codiciables: Rosina, su Rosina, sería siempre suya, sin que nadie la apartase de su lado... Mas, ¿qué dirían sus compañeros de Instituto al conocer su matrimonio con una moza rural? ¿Le formarían tribunal de honor por dignidad de la clase?

Don Gregorio atajó sus cavilaciones, al conocerlas, con estas palabras:

—Mira, Felipete—y permíteme que decida tutearte, al convencerme de tu infantilidad y urgencia de protección—, déjate de sacar las cosas de quicio, ni de agravarlas más de lo que están. El daño, al fin de cuentas, no tiene importancia mayor, pues tan a mano tenemos el remedio. De cuyos trámites, así como de hablar en día próximo al director del Instituto, me encargo yo para ahorrarte quebraderos de cabeza, de los que, por lo que veo, no acertarías a salir sino es para alguna casa de orates. Así que márchate en paz, continúa preparando tu curso de Agricultura, que ya se acerca, y dentro de pocos días hablaremos otra vez de todo esto.

* * *

Como recelaba Teresa, doña Ramona procuró estorbar el plan, señalando el doble inconveniente de la edad desigual y de la dife-

cuarto llevando del brazo a don Felipe para hablarle de este modo:

—¡Bueno, Felipete, bueno! Esto es ya asunto arreglado. ¡Recanarios con Carrocera!... ¡Quíea lo había de decir!... Pero el mundo anda lleno de sorpresas, y donde menos se piensa salta un hombre enamorado a prueba de años y desengaños... ¡Vamos a otra cosa!

A continuación don Gregorio contó prolijamente su entrevista con el director del Instituto. Había empezado por carraspear, como quien se atufa, al saber la noticia de la boda; mas luego se dignó, ya que no asentir con el beneplácito, hacer la vista gorda por tratarse de asunto privado que en nada mermaba su prestigio y la autoridad académica.

—De modo que—declaró campanudamente el director—el Claustro que tengo la honra de presidir se dará por no enterado; mas como la noticia, por mucho que la reserven, no tardará en divulgarse, ¡allá se las entenderá Carrocera con sus alumnos, a quienes seguramente hará poca gracia—y peor si les divierte—saber que tienen como profesor a un señor patán! Yo me lavo las manos—y simulaba frotárselas en un pocillo de agua—cuanto a lo que pueda ocurrir...

La advertencia era demasiado grave para que don Gregorio la desechase; antes bien, llevado de su afecto a don Felipe y de su buen sentido natural, aplicóse a imaginar al-

dancia de razones educativas y pedagógicas de manera tal, que el director, para no mostrar su ignorancia y su disposición rutinaria, hubo de acabar otorgando su aprobación y hasta su apoyo dentro del Claustro, lo que hizo cumplidamente.

* * *

Llegó el otoño con su manto dorado y el cielo de suaves transparencias. La tierra campesina, cubierta de frutos aquí y allá esparcidos, era como despensa abierta al aire libre, que los hombres ordenaban regocijadamente. De la mañana a la noche chirriaban las carretas, por callejas y montes, con la pesadumbre de los sacos y maconas de castañas y pomas, de mazorcas y tubérculos, de árgomas y de leños para el llar. Los bálagos de maíz atraían las bandadas de gorriones y de jilgueros que, ahitos de grano, alegrábanse en juegos de alas y de bulla pajarera, como en festín que no habría de terminar:

—¡Chau, chau, chau!

—¡Pii, piii, piribí, piribí!

En este ambiente de óptima felicidad natural destacaba la dicha inefable de Carrocera. Porque a la satisfacción de poscer el cariño de Rosina de un modo cabal, uníase la inesperada circunstancia de verse maestro seguro de su oficio y respetado, ¡todavía más!, ensalzado y ofrecido como ejemplo. Cosa tan

adobo de algunas hermosas fotografías campesinas, la obra excepcional, callada y modernísima del así ilustre Carrocera. Desde aquel día advirtió éste, por vez primera, como una desconocida seguridad de sí mismo y del suelo que pisaba, manifestando cierta ridícula tosecilla gozosa, de hombre importante.

* * *

Mas si no hay mal que cien años dure, según la experiencia del sabihondo pueblo, tampoco la dicha suele ofrecérsenos más firme y duradera.

Siete meses habían transcurrido desde la aventura de la Reguerada. Rosina llevaba ágil y alegremente la suave pesadumbre, descuidada ante las advertencias de Teresa para que moderase su actividad juvenil, cuando cierta tarde, al bajar una saltadera con imprudente ligereza, un resbalón aciago vino a dar con ella en tierra.

Aquella misma noche, sin que nadie lo esperase, ni se hubiera tomado providencia alguna, Rosina sintió molestos dolores de parto. Acudieron con las previsiones del caso y, antes que nada, llamaron apresuradamente a Gada, la comadrona del caserío.

Por extraordinaria coincidencia ocurría que la vaca "Galana" hallábase también, desde la vispera, en el mismo doloroso trance, y así mientras Parola, ayudado de Pinin y de un

Carmela, desde el corredor, le hizo señas de que se acercase y, echando medio cuerpo fuera, enteró a su padre con misterio y palabra entrecortada de cómo la criatura, que era un puñadín de carne amarillenta, había vivido sólo unos instantes, quedándose con la boquina abierta como un pájaro, al primer lloro. Añadió Carmela que se las arreglase para distraer a Felipe y dar así tiempo a la comadrona de terminar de disponer a Rosina y llevarse el feto al cementerio, disimulado bajo el mantón, sin otra ceremonia.

De este modo, Carrocera vióse convertido en padre sin hijo, en criador, sin criatura; experimentando la extraña sensación de un vacío que no había sido antes ocupado. La generosa efusión que le invadía, ahora duplicada, derramábase sobre Rosina con demostraciones que fatigaban a la enferma:

—Déjame un poco, Lipin...; estoy muy malina...

Carrocera salía un momento de la habitación para volver en seguida, luego de acercarse disimuladamente al corral para contemplar al ternero, hermoso y alegre, con el hocico húmedo, la mirada espantadiza y curiosa; criatura melliza, para él, del hijo que no había conocido y cuya imagen esfumábase en su soñar despierto, ansiosamente paternal,

* * *

de unas cuantas rojas cerezas que, bien imitadas en cera, guardaba la patrona bajo abombado fanal, con otras frutas mentirosas, en la cómoda de la sala.

Rosina sonrió al verlas, con sonrisa infantil, de niña a quien miman, y tomándolas en las débiles manos contemplábalas en feliz adoración. Luego indicó por señas las translúcidas orejas... Volvía el delirio y por su puerta entrábase la agonía.

Acudió don Gregorio con los óleos y la oración de moribundos. Al descubrir los pies, para ungirlos santamente, opuso Rosina como un ademán ofendido, mientras sus labios reprendían débilmente:

—Antón..., gochón..., gochón...

Luego cayó en profundo sopor. Era la noche oscura y de fuerte viento primaveral. Las mujerucas rezaban el rosario y oraciones encomendantes. Penetró el denso silencio de la quintana el aullar largo, agudo, del perro, como lamento desgarrado de las fuerzas naturales. Exclamó Teresa en lágrimas:

—¡Virgen Santa!... ¡Se muere!... ¡Se muere!

Don Gregorio tomó casi en brazos a Carrocera, postrado en su inconsciencia, mientras Rosina, dulcemente encalmada, las manos cuajadas de cerezas, luciendo los rojos perendengues, parecía sonreír.

Carrocera dejóse llevar a una de las habitaciones del piso bajo. El coadjutor le habló del Instituto y de su clase, que ahora daba el

auxiliar; piadosamente le mintió la urgencia de que fuese a Nubledo para una importante reunión de claustro.

—Lo que usted quiera, don Gregorio. La cuestión es despachar pronto para volvernos al lado de Rosina... ¿Está mejor, verdad? ¿Está mejor?

—Sí, Felipe, pobre Felipete, sí. Está ya tranquila..., tranquila...

Carrocera no entendía la terrible verdad, consecuente en la ignorancia de las grandes cosas de su vida remansada y humilde. Ya amanecía cuando salieron a la quintana. Por el portadón entreabierto del corral descubriase la mancha dorada del xato, mostrando el luciente hocico y batida al aire la ágil cola. Por un momento recordó Carrocera la fugaz presencia del hijo anhelado, cuya dulce imagen ignorada se iba condensando, para él, en la figura ágil, retozona, de un hemoso ternero...

7-25 agosto 1925 (Sal nas).

LA NOVELA MUNDIAL

FUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN LITERARIA DE

J. GARCIA MERCADAL

*Redacción y Administración: Paseo de San Vicente, 20,
MADRID.—Apartado 8.015*

Números publicados:

1. Pío Baroja.—La casa del crimen.
2. M. Giges Aparicio.—La honra del pueblo.
3. A. Hernández Catá.—El viaje sin fin.
4. José María Salaverría.—Jardín cerrado
5. Manuel Bueno.—La dulce mentira.
6. Cristóbal de Castro.—La Inglesa y el trapense.
7. Andrenio.—La perfecta casada.
8. Tomás Borrás.—Noche de Alfama.
9. | Máximo Gorki.—Una mujer.
- | Juan José Domenchina.—El hábito.
10. Ramón del Valle-Inclán.—El terno del difunto.
11. Federico García Sanchíz.—La comedianta china.
12. Gutiérrez Gamero.—Shakespeare II.
13. | Clarín.—Avecilla.
- | Luis Santullano.—Carrocera, labrador.

*Aparecerá el jueves 17 de Junio de 1926.
el número 14*

JOSE MARIA MATHEU

LA CADENA ROTA

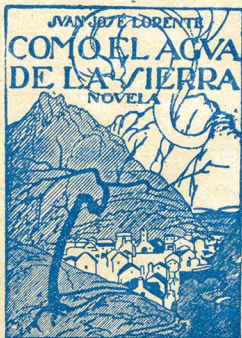
NOVELA

COLECCION

PASCAL



Dep Mod Ran Sect Shelf Tray Item
P 1 01 11 17 14 024



do, en las que predomina la pintura de las costumbres españolas, con lo que pueden ser incluídas en aquel apartado literario donde se agrupan los éxitos más grandes de la literatura española contemporánea.

Libros publicados:

- Juan José Lorente.-**COMO EL AGUA DE LA SIERRA.** Novela..... 4 ptas.
 José M.^a Matheu.-**DESPUES DE LA CAIDA.** Novela. 5 id.
 José Llampayas.-**MOSEN BRUNO FIERRO.** Cuadros del Alto-Aragón..... 5 id.
 G. García-Arista y Rivera.-**FRUTA DE ARAGON.** Excoscada. Cuentos, episodios y cuadros aragoneses.. 5 id.
 R. Pamplona Escudero.-**EL CHARLATAN POLITICO.** Novela..... 5 id.
 Bañolas.-**LA FUGA DE LAS BRUJAS.** 5 id.

PASCAL

ESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

ESPASA CALPE S. A.

University of Colorado at Boulder



U183037183017

nor
PQ
6503
.A4
A94
1926
c.2

MAD
BUEN

do 547.
s, 579 y 581.
Delicias ,907.